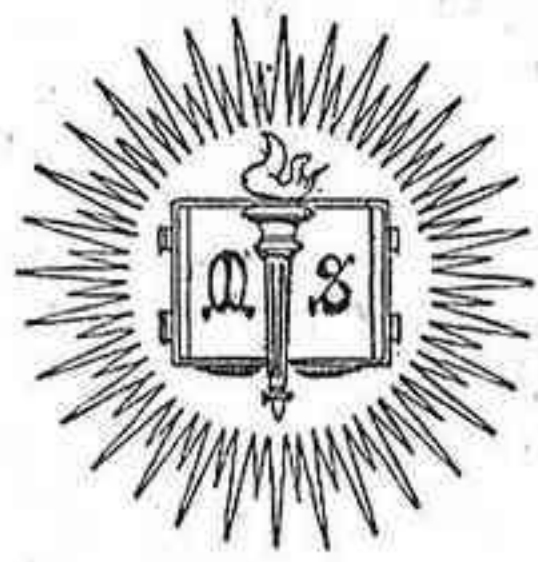


La Ilustración Artística



Artística

Año XXI

← BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1902 →

Núm. 1.077

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ATENEU
BIBLIOTECA
MADRID



ENSUEÑO, cuadro de Gustavo T. Toudouze

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tercer tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la notabilísima obra **LA ATMÓSFERA**.

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El primer beso*, por Juan B. Enseñat. — *La feria de Valencia*, por Julio de Hoyos. — *Sugestión*, por M. Martínez Barrionuevo. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Via libre*, novela. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Asturias*, por X. **Grabados.** — *Ensueño*, cuadro de Gustavo Toudouze. — Dibujo de Mas y Fontdevila que ilustra el artículo *El primer beso*. — *La feria de Valencia. Cartel anunciador: Arcos, Pabellones, Carros de la Cabalgata y Carrozas de la Batalla de Flores*. — *D. Juan Bautista Pont*, poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales de Valencia. — *Srita. D.ª Mercedes Silvestre Sabater*, reina de dicha fiesta. — *En el bosque*, dibujo de José Masriera. — *Remordimientos*, grupo escultórico de Fernando Lepcke. — *Merienda campestre*, cuadro de P. Outin. — *La comida de los espigadores*, cuadro de P. Baudouin. — *La catástrofe de Camargo. Aspecto de la vega inundada por el fango*. — *Miñeros buscando los cadáveres sepultados en el fango*. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Asturias*. Diez reproducciones fotográficas de los principales episodios. — *Repatriación de prisioneros boers*.

CRÓNICA DE TEATROS

No tiene vuelta de hoja aquella sentencia de no sé qué célebre cocinero, la cual asegura que para guisar una liebre lo primero que hace falta es la liebre. Por la misma razón, para escribir una crónica de teatros es menester, lo primero, que haya teatros, ó mejor dicho, que los teatros funcionen. Al presente, fuera de la compañía de ópera barata, que, como dije en mi crónica anterior, canta que se las pela en los Jardines del Buen Retiro, nada hay en Madrid, respecto al arte escénico, que valga la pena de ser *cronicado*. Ni *San Juan de Luz*, ni *Las grandes cortesanas*, zarzuelitas estrenadas recientemente en el teatro Eldorado, son otra cosa que «obras de verano», cuyo principal atractivo es la frescura de las tiples que en ellas exhiben sus encantos. Por lo demás, ambas zarzuelas se muestran tan ligeras de ropa como de literatura.

Pero si el arte escénico duerme, los artistas se agitan sin descanso, preparándose para las próximas campañas. Ahora, como siempre, actrices y actores están influídos por esa tendencia á la disgregación, que tanto perjudica al arte como á los mismos artistas. De aquí que sea punto menos que imposible formar una buena compañía: en cuanto una actriz ó un actor oyen algunas palmas y se ven elogiados por los fáciles bombos de la prensa, no se contentan con menos que con ser cabeza, siquiera sea de ratón.

Y lo peor de este fraccionamiento, que hace pensar en las monteras de Sancho, es que no tiene remedio. Cuantas tentativas se han hecho hasta ahora para agrupar en un mismo cuadro artístico á varios actores de verdadero mérito, han resultado infructuosas, y si por acaso la reunión se ha realizado momentáneamente, pronto ha quedado destruída, acabando, en muchos casos, como el rosario de la Aurora. Forzoso es aceptar los hechos como son y resignarse á ver, en lugar de compañías, por lo menos regulares, en las que cada cómico interpretase su papel en conformidad con lo que el autor imaginara, «arias coreadas», ó para decirlo en términos aritméticos, unidades seguidas de ceros y á veces ceros sin ninguna unidad...

Acontece en ocasiones que una autoridad artística, como la del inolvidable D. Emilio Mario ó como la de Rafael Calvo ó como en la actualidad la de Mendoza y María Guerrero, logra, á fuerza de inauditos esfuerzos, formar compañías aceptables y aun excelentes; pero aun en estos casos, rara es la temporada en que no hay importantes desprendimientos en esas mismas compañías. El más amaneado y ruin — desde el punto de vista artístico — de nuestros cómicos, piensa, á semejanza del propio César, que es mejor ser el primero en una cabaña que el segundo en Roma, ó lo que viene á ser lo mismo, primer actor en un barracón de feria que segundo en un teatro de primer orden.

Mucho se habla y se escribe ahora acerca del Español, con motivo, principalmente, de la cláusula de arrendamiento en la que se establece que sólo podrán representarse en «el clásico coliseo» obras españolas. Sobre este punto ha abierto discusión *El Heraldillo de Madrid*, y con tal motivo se han expuesto ya en el importante periódico diversas opiniones. Hay quien afirma que dicha cláusula ha de cumplirse á raja tabla, y que, por consiguiente, no deben entrar en el famoso corral más obras que las españolas antiguas ó modernas. Con mayor amplitud de

criterio opinan otros críticos, consultados por *El Heraldillo*, que si bien á los autores contemporáneos extranjeros deben cerrárseles las puertas del Español, han de abrirse éstas de par en par para aquellos grandes autores ya fenecidos que conquistaron con sus dramas fama universal é imperecedera. Según los que apoyan esta opinión, los dramas de los grandes genios de la escena, desde Esquilo hasta Víctor Hugo, no son patrimonio exclusivo de tal ó cual nación; pertenecen á la humanidad, sin distinción de razas ni fronteras. Tan colosal es su estatura, que desde todas partes se les ve y se les admira.

Entre estas dos opiniones está la autorizadísima de D. Juan Valera, quien después de reconocer la dificultad que existe para designar como *supernacionales* á algunos autores extranjeros, «cuyas cenizas están calientes todavía, y cuando, por consiguiente, el capricho, la moda, la prepotencia de unos pueblos sobre otros y el ímpetu de las pasiones políticas pueden deslumbrarnos y arrastrarnos á ser muy poco equitativos», opta porque se conceda al teatro Español cierta libertad, «permitiendo que por cada diez, doce ó veinte dramas se represente uno extranjero.» Añade D. Juan Valera, y esto sí que está fuera de toda duda, que sólo deben aceptarse «traducciones muy fieles, elegantes y perfectas hasta donde cabe en lo humano, ya que sería crueldad y traición traer á nuestro país y presentar al público peregrinas bellezas, estropeándolas y ensuciándolas groseramente.»

Trátase ahora, según parece, de inaugurar la próxima temporada del Español con una tragedia de Sófocles. No sé cuál de las siete que se conservan del poeta griego se quiere representar. En castellano tenemos una excelente adaptación del *Edipo tirano*, hecha por Martínez de la Rosa, y de la cual dice Menéndez Pelayo «que excluidas la *Virginia* de Tamayo y *El César* de Ventura de la Vega, en consideración á otras obras suyas más altas, queda el *Edipo* como única tragedia aprovechable.» ¿Es este arreglo el que va á representarse? ¿Es la traducción de *Filoctetes*, hecha por el Sr. Estala, ó el *Ajax furioso*, que pergeñó Juan de la Cueva? ¿O se ha escrito *ad hoc*, quizás, alguna traducción, adaptación ó arreglo de cualquiera de las tragedias citadas ó de las otras cuatro, siete en junto, que de Sófocles se conservan? Repito que no lo sé. Pero sea la que fuere, es de desear que la tragedia que se elija esté traducida ó se traduzca con el arte y el esmero que tales trabajos requieren, y por persona conocedora de la literatura y lengua griegas. Aspirándose, como parece que se aspira, á celebrar una verdadera solemnidad artística, sería una triste gracia que en vez de una traducción fiel y bella, como lo son, por ejemplo, las de *Los siete contra Tebas* y el *Prometeo encadenado*, de Esquilo, hechas por Menéndez Pelayo, se enjaretase un burdo arreglo en que no quedase de Sófocles más que los nombres de los personajes, ó una traducción de cualquiera traducción inglesa ó francesa.

Aparte de esto, la representación anunciada — caso de verificarse — ha de resentirse, por fuerza, de las condiciones materiales de nuestros teatros, tan diferentes de los teatros griegos. La tragedia griega, en la cual domina, por decirlo así, cierto carácter estatuario, necesita del aire libre y de la luz del sol. Edipo ciego refugiándose en el sagrado bosque de las Euménides; las quejas de Filoctetes en la isla de Lemnos; la muerte de Clitemnestra á manos de Orestes, mientras Electra le instiga con sus gritos á no tener piedad de la madre culpable; Ajax furioso porque no se le han entregado las armas de Aquiles; Antígona muriendo de hambre en espantosa caverna; Hércules en Trachina arrancándose las vendas que cubren las horribles llagas causadas en su carne por la túnica de Neso; el carácter heroico de todos estos personajes; la violencia de sus pasiones, no opuesta á cierta grave serenidad; lo exótico, para nosotros, de las costumbres que en esas tragedias se pintan..., todo ello exige marco muy distinto que el del teatro moderno con sus lienzos pintados, sus bambalinas figurando el cielo y sus candilejas fingiendo la luz del día.

Recuérdese lo que eran los teatros helénicos, en donde, como en el de Epidauro, cabían hasta 150.000 espectadores. Nada de techo: desde las graderías del teatro de Baco en Atenas, construído en la falda de la Acrópolis, divisábanse las colinas pobladas de olivares y viñedos, la plateada corriente del Ili-so, la blancura del templo de Teseo, las azuladas aguas del mar surcadas por bandadas de ligeras naves... El arte parecía confundirse, y de hecho se confundía, con la naturaleza. Cuando las Oceanidas consolaban á Prometeo amarrado en su roca, el rumor lejano de las olas acompañaba las estrofas del coro. Cuando Ajax, momentos antes de atravesarse

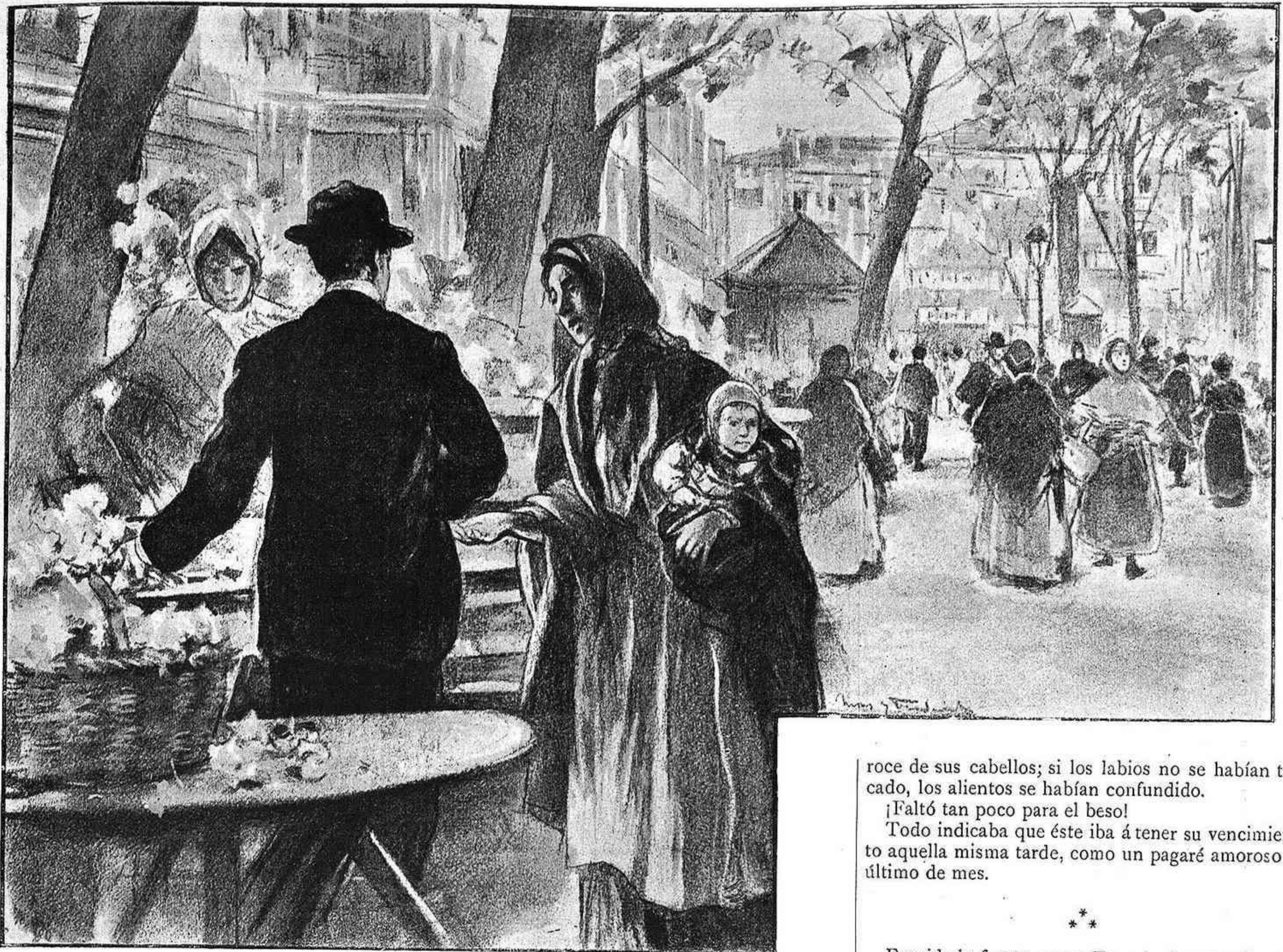
el pecho con la espada, se despedía del sol y de su patria, la tierra sagrada de Atenas, el espectador tenía ante su vista los objetos mismos á que el héroe se dirigía... Por otra parte, el uso del coturno, que acrecentaba la estatura de los representantes, y de la máscara, que cuadruplicaba la potencia de la voz, aumentada todavía por ingeniosos aparatos acústicos esparcidos por galerías y gradas, comunicaban al espectáculo grandeza sobrehumana, muy en armonía con el carácter de la tragedia clásica.

Todo esto, que era esencial en el arte escénico de los griegos, ¿cómo ha de ser reproducido en el teatro Español? Podrán repetirse allí, mejor ó peor traducidos, los versos de Sófocles; podrá, con el auxilio de hábiles pintores escenógrafos, presentarse algo parecido á la escena griega; podrá tal vez el aficionado á las literaturas clásicas evocar durante breves instantes algo de la belleza del arte helénico; pero mucho temo que para el gran público la representación de una tragedia de Sófocles resulte un espectáculo aburrido y más ocasionado á hacer dormir que á provocar entusiasmo y admiración. Y no se crea que esto es calumniar al público. Shakespeare, que comparado con Sófocles es casi nuestro contemporáneo, fué poco menos que silbado en el teatro Español cuando María Guerrero y Fernando Mendoza pusieron en escena el drama *Cleopatra*, refundición del *Marco Antonio*, hecha por Sellés... Si tan maltratado fué el gran dramaturgo inglés, ¿qué no harían con el pobre Sófocles los abonados de los lunes?

Otro intento que merece ser alentado es el que va á acometer el Sr. Hompanera, abogado madrileño que únicamente por amor desinteresado al arte cambió el pasado invierno el papel sellado por los papeles de comedia, dando en el teatro Martín una larga serie de representaciones. Propónese ahora el Sr. Hompanera organizar una compañía con el principal objeto de poner en escena las obras más celebradas de los escritores modernos extranjeros: Ibsen, Bjornson, Meterlinck, Gorki, etc., etc. Si la idea cuaja, será la tentativa del Sr. Hompanera algo así como los comienzos de un teatro libre, institución que considero muy beneficiosa para España; pues si bien es cierto que debemos, como el doctor Pangloss, cultivar nuestro jardín, no estará de más que traigamos á él, para aclimatarlas, las plantas y árboles mejores del cercado ajeno.

En literatura, como en todo, el aislamiento ocasiona gran retraso en la cultura de los diversos países. Como dice elegantemente doña Emilia Pardo Bazán en su libro titulado *Por la Europa católica*, España es como aquella beldad ciega de cierto drama de Echegaray, *La esposa del vengador*, si no recuerdo mal, para la cual beldad va su rendido amante á buscar en extrañas tierras el medicamento ó filtro que ha de devolver la luz á las amadas pupilas. Yo no diré que el arte escénico español esté ciego del todo; pero sí que le conviene no recrearse, nuevo Narciso, exclusivamente con su propia belleza, y fijar sus ojos en las modernas literaturas. Del mutuo comercio de ideas procede en gran parte la evolución del arte. Nuestra poesía evolucionó primero con la influencia general del Renacimiento, y poco después con la italiana, gracias principalmente á Boscon, el amigo de Navagiero. Moratín estudiando á los autores franceses y particularmente á Molière, abrió nuevos caminos á la musa dramática española, como Corneille, influído por nuestro teatro, dió nueva dirección al teatro francés. Los románticos alemanes, que tanto influyeron sobre los franceses, á su vez se nutrieron con la savia de nuestras comedias. ¿Por qué, pues, encerrarnos en un casticismo absurdo y sin precedentes? Lo bello en literatura debe ser como el oro: por todas partes circula, cualquiera que sea el cuño que lleve impreso. Bien venidas, pues, las obras extranjeras, siempre que al verterlas ó adaptarlas á nuestro idioma no se las estropee ó ensucie, como dice D. Juan Valera. No debe olvidarse tampoco que muchas de las joyas más preciadas de nuestra literatura son adaptaciones, imitaciones ó traducciones. Fray Luis de León, el príncipe de nuestros poetas líricos, tradujo é imitó á Horacio; Jáuregui tradujo el Aminta y se igualó en su traducción al Taso; Herrera fué un imitador de los poetas hebreos; las coplas de Jorge Manrique son una imitación; algo de imitación hay también en *La Celestina*, y Shakespeare, Lope, Calderón, Goethe, Schiller, Moratín..., los más grandes artistas imitaron y hasta copiaron á sus antecesores, lo que no quita para que cada uno de esos grandes genios supiera imprimir á aquellas obras en que pusieron mano el sello imborrable de su sublime personalidad.

ZEDA.



¡Una limosna, señorito!.. Para pan..., que estoy criando á este pobre hijito mío enfermo

EL PRIMER BESO

Esta historia es un idilio, y, como en todo idilio digno de tal nombre, figuran en éste, que se desarrolló hace poco en Madrid, dos protagonistas de distinto sexo.

El es un joven de veintitrés á veinticinco años, llamado Juan Cea, que estudia leyes.

Ella es una morenita de unas veinte primaveras, llamada Luisa Pontejes, que estudia, desde hace un lustro, el corazón de los hombres.

El es de elevada estatura y vigoroso cuerpo, de tez morena y pelo negro como la pez. En su fisonomía abierta, en su mirada franca, en lo expresivo de sus grandes ojos se reflejan la bondad y la nobleza de su alma.

Ella, por el contrario, es de constitución delicada. Su talle flexible tiene ondulaciones de junco. En su afilado rostro, de palidez de lirio, resalta la viveza de sus grandes ojos azules, sombreados por largas pestañas. Su boca, graciosa y diminuta, forma como un toque de carmín en la blancura de la tez.

Juan es un prodigio de orden administrativo y de previsión económica.

El día primero de cada mes, día en que cobra en el Giro Mutuo la libranza mensual de ciento veinticinco pesetas que su padre le gira desde Albacete, paga el pupillage á la Providencia que en forma de patrona de huéspedes le alberga y mantiene á satisfacción por tres pesetas diarias; da á cuenta tres duros al sastre que le viste á plazos; hace provisión de diversos objetos que necesita en el transcurso del mes; compra de lance el último tomo de poesías que va á parar á la reventa, y de los treinta ó cuarenta reales que le quedan, aparta un fondo especial, compuesto de tantas *perras grandes* como días tiene el mes corriente.

Estas piezas de diez céntimos tienen su destino rigurosamente señalado, y por nada de este mundo operaría nuestro estudiante la menor transferencia de crédito en menoscabo de este sacratísimo fondo especial.

Cada una de estas *perras* va á servirle á Juan para comprar, en el puesto de flores de la plaza de Santo Domingo, el ramillete que regala diariamente

á Luisa, en la visita que le hace de cinco á seis de la tarde.

En cambio del ramito del día, Luisa le devuelve el de la tarde anterior, después de haberlo llevado larguísimas horas prendido al pecho.

Y Juan besa devotamente tan preciosa reliquia, impregnada del virginal perfume de su novia.

**

Hace tres meses que el dulce trueque de flores se verifica todas las tardes, sin interrupción ni variante alguna.

Este lenguaje mudo acaba por parecerle á Juan poco elocuente.

El enamorado joven aspira á ese cambio de la pasión del hombre con el tímido candor de la virgen, á ese maridaje de los labios que es la conjunción de dos almas, al primer beso.

Todas las tardes, Juan se aleja de su novia con un fondo de tristeza en medio de su felicidad.

Antes de abismarse en el estudio del Derecho Romano y del fárrago de materias que constituyen el intrincado laberinto de la legislación vigente, Juan había leído muchas novelas en que las pasiones amorosas no se contentaban con semejantes platonismos; los protagonistas de aquellas aventuras amorosas obtenían generalmente favores más positivos de sus amadas; y aunque nuestro héroe no podía pasar por libertino, creía poder aspirar siquiera á alguna de esas efusiones amorosas que los confesores más severos castigan á lo sumo como pecados veniales.

Juan contaba de antemano con la absolución de su conciencia, que era la censora más rigurosa de sus actos.

Llega el 30 de abril, y á pesar de todo su orden administrativo y de toda su previsión económica, el pobre estudiante se encuentra sin más dinero que la última *perra grande* del fondo especial destinado á la compra de los cotidianos ramilletes.

No por esto se halla triste.

El día anterior, al devolverle sus flores, Luisa ha estado más tierna y más expansiva que nunca; le habló tan de cerca, que él sintió en la mejilla el

roce de sus cabellos; si los labios no se habían tocado, los alientos se habían confundido.

¡Faltó tan poco para el beso!

Todo indicaba que éste iba á tener su vencimiento aquella misma tarde, como un pagaré amoroso á último de mes.

**

Erguida la frente, como Tenorio á punto de realizar una conquista, llega á la plaza de Santo Domingo, donde vive su novia.

Se acerca al puesto de flores para comprar su acostumbrado ramillete con la última *perra* que le queda.

Junto á la florista, tropieza con una pobre mendiga que lleva un niño enfermo en brazos.

Dolorosamente impresionado, Juan aparta los ojos de la infeliz mujer, se acerca al puesto de flores y escoge el ramo para su novia, el más vistoso, el más frescamente conservado por el rocío.

Pero en el momento de ir á dar los diez céntimos á la florista se le acerca la mendiga implorando:

— ¡Una limosna, señorito!.. Para pan..., que estoy criando á este pobre hijito mío enfermo, y no he comido nada en todo el día!..

Juan vuelve el rostro y se siente conmovido hasta el fondo del alma por el espectáculo de aquella infeliz madre, pálida y demacrada, que abraza en miserables andrajos á su tierno hijo, más pálido y demacrado que ella.

Apodérase del estudiante una inmensa pesadumbre.

Duda un instante.

Si emplea sus últimos diez céntimos en socorrer á aquella pobre madre, su novia se queda por primera vez sin ramo de flores.

Y sin ramo, no hay que pensar en el ansiado beso.

Pero puede más en él la caridad que el egoísmo.

Devuelve el ramillete á la florista y pone la moneda en la mano de la mendiga.

Luego, no sin un secreto pesar, mezclado con la satisfacción íntima de haber hecho una buena acción, sube la escalera de enfrente y llama á la puerta del segundo piso.

Abrese la puerta, y antes de que Juan salga de su asombro, la casta Luisa le recibe en sus brazos, dándole un beso.

Y como el joven parezca buscar la causa de tan inesperada dicha, le dice su novia:

— He presenciado desde el balcón la escena del ramo y la mendiga.

— Entonces...

— Mi beso es el premio de tu buena acción.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

LA FERIA DE VALENCIA

LA «DESPERTÁ.» - JUEGOS FLORALES. - GRUPAS. - LA «TRACA» - BAILES POPULARES. - LA CABALGATA. - BATALLA DE FLORES.

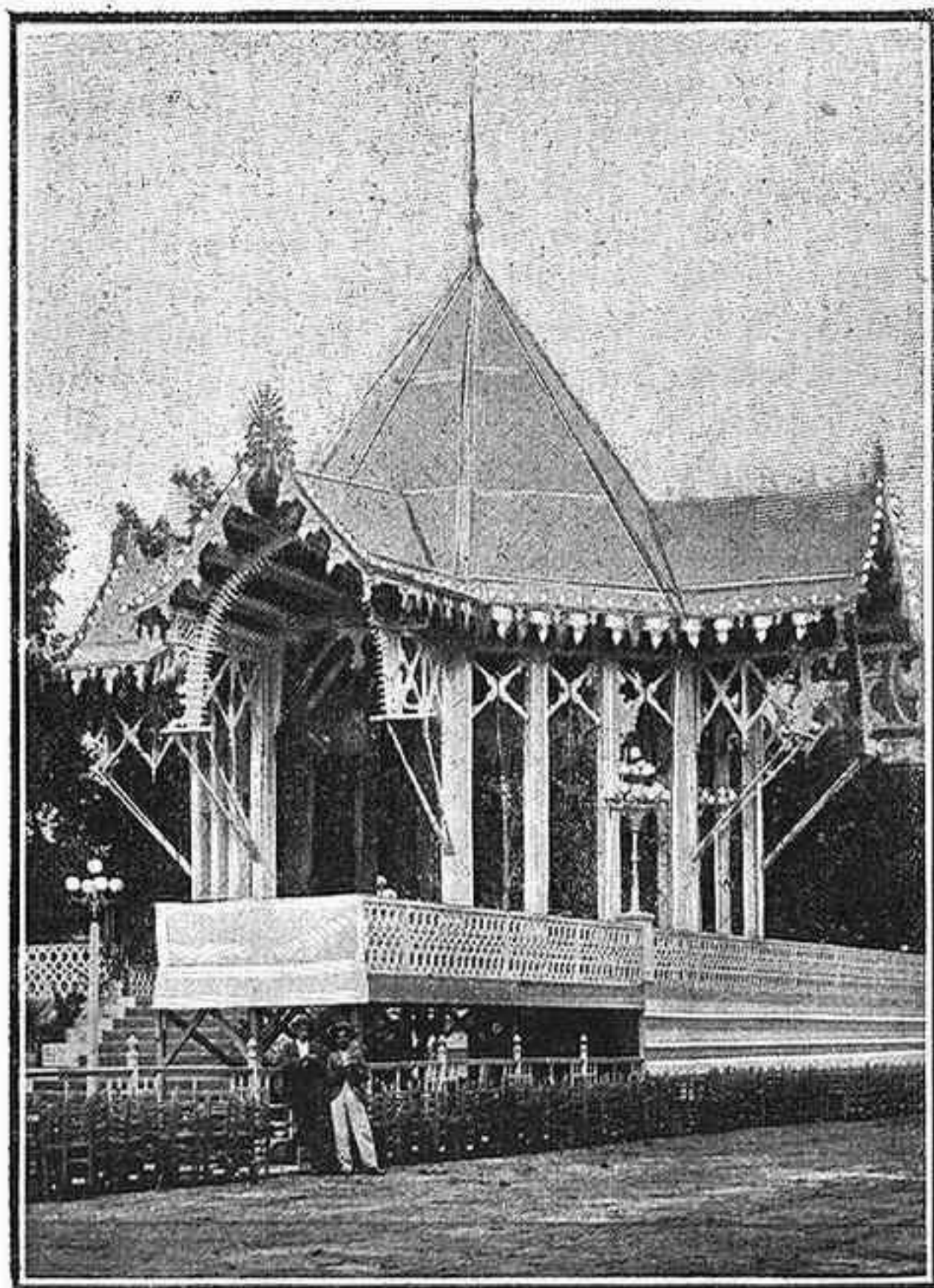
LA FERIA POR LA NOCHE

Por las antiguas torres de Serranos y de Cuarte entran en la capital la mayoría de los huertanos que



CARTEL ANUNCIADOR DE LA FERIA, original de José Mongrell. (Concurso de 1901.)

pasan el año entero empleados en la ruda faena del campo. Con el cuerpo inclinado trabajan en la tie-



PABELLÓN DE LA SOCIEDAD «LA AGRICULTURA»

rra seca y endurecida por el sol; muchas fatigas les cuesta, pero al fin consiguen que cada gota de sudor sembrada en los paralelos surcos se convierta más tarde en frutas sazonadas, en dorados trigos, y así van transmitiendo á la fecunda vega la substancia de su juventud, de su vida, para darle nueva savia, para mantener su lozanía, como la madre

amorosa saca de su seno el jugo que hace medrar al pequeñuelo, que mañana hombre, exprimirá su cuerpo con la fatiga del trabajo para dar alimento á sus hijos.

¡Poema hermoso! ¡Himno sublime! Si los hombres estudiasen en los principios más rudimentarios de la naturaleza, irían más directamente hacia la fraternidad universal.

Justo es que cuando llega el mes de julio, cuando en la capital se preparan los más atractivos festejos, abandonen los hijos del campo su blanca barraca, su pedazo de huerta, y acudan á Valencia para distraer por unos días la monótona existencia.

Procuran los novios casarse por esta fecha, y así, la enamorada pareja de *novensans* entra en la ciudad montada en el *haca* que luce con airosos bríos los flamantes arreos que la enjaezan. Estas son las vistosas grupas que toman parte en la carrera de *choyes* y van vestidas á la antigua usanza del país...

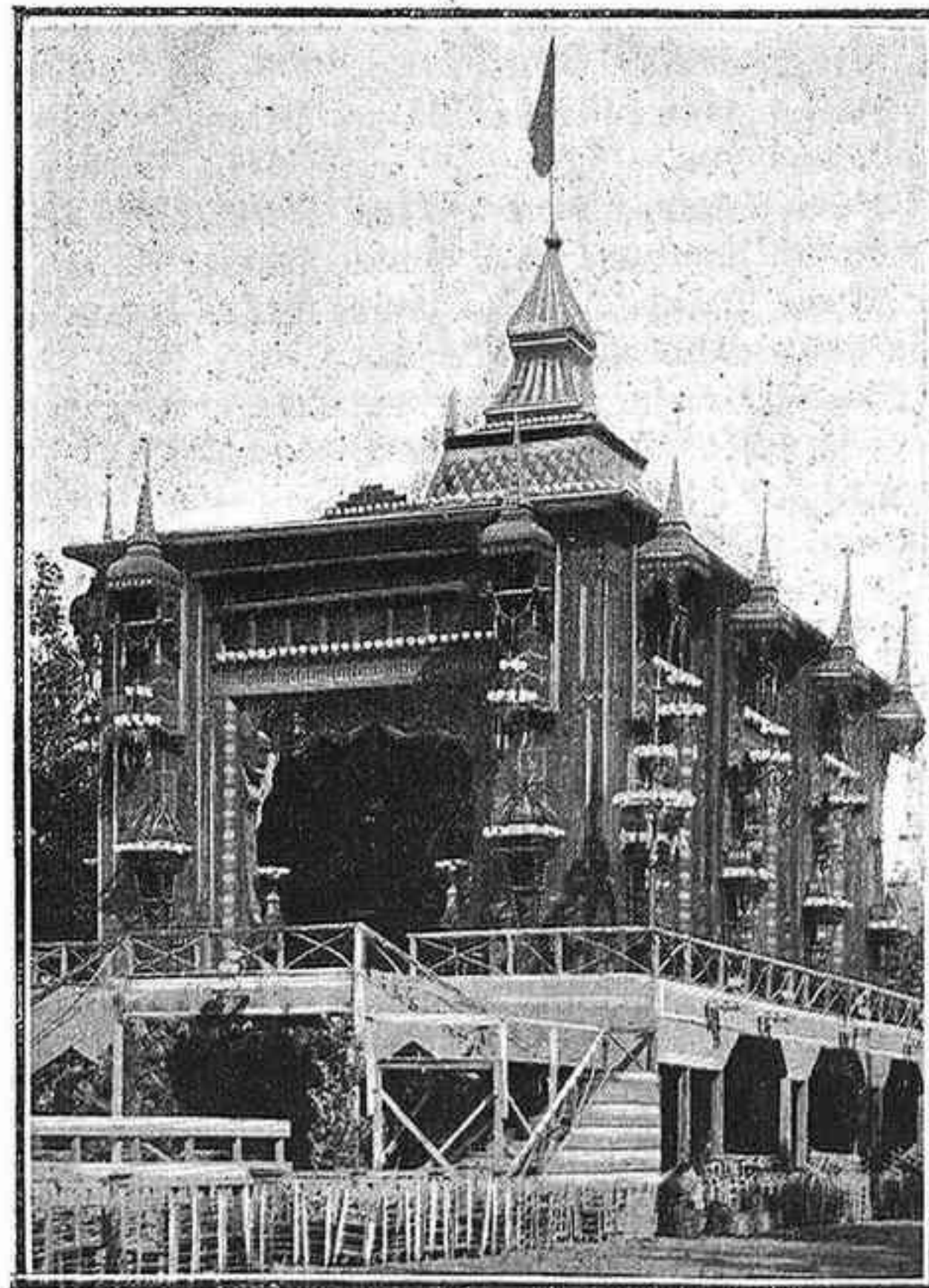
Desearía poder ocuparme de todos los festejos porque los creo dignos de recordarlos; pero al pensar en el extenso espacio que ocuparía una información tan detallada, juzgo prudente nombrar sólo los más notables.

Desde primeros de julio, se hallaba en las paredes fijado el cartel de la feria. Se debe al pincel de don José Mongrell, artista que va aumentando sus triunfos notablemente. Ganó el primer premio en el concurso de «El Liberal» y obtuvo el mismo éxito en el de la coronación del rey... Es de los que han entendido bien el modernismo, y usándole como arte decorativo, produce obras dignas de felicitación, entre las que incluyo el cartel anunciador de las fiestas valencianas.

Estas empezaron como los años anteriores, con la gran *despertá*. Todos los dulzaineros y tamborileros de los pueblos inmediatos, que suman un crecido número, recorren las calles tocando á un tiempo la singular diana. ¡Cualquiera sigue durmiendo! Los chiquillos se lanzan á la calle formando corro alrededor de los músicos tempraneros, y el bullicio anormal que se nota es el despertar alegre de la capital que se prepara á las fiestas.

Los dos mejores números del programa son: la batalla de flores y los juegos florales.

Siguiendo la costumbre, en el teatro Principal se verificó la fiesta de la poesía. D. Juan Bautista Pont, aplaudido autor dramático é inspirado poeta, alcanzó el honroso premio de la flor natural, bien merecido por cierto, pues su composición, que llevaba



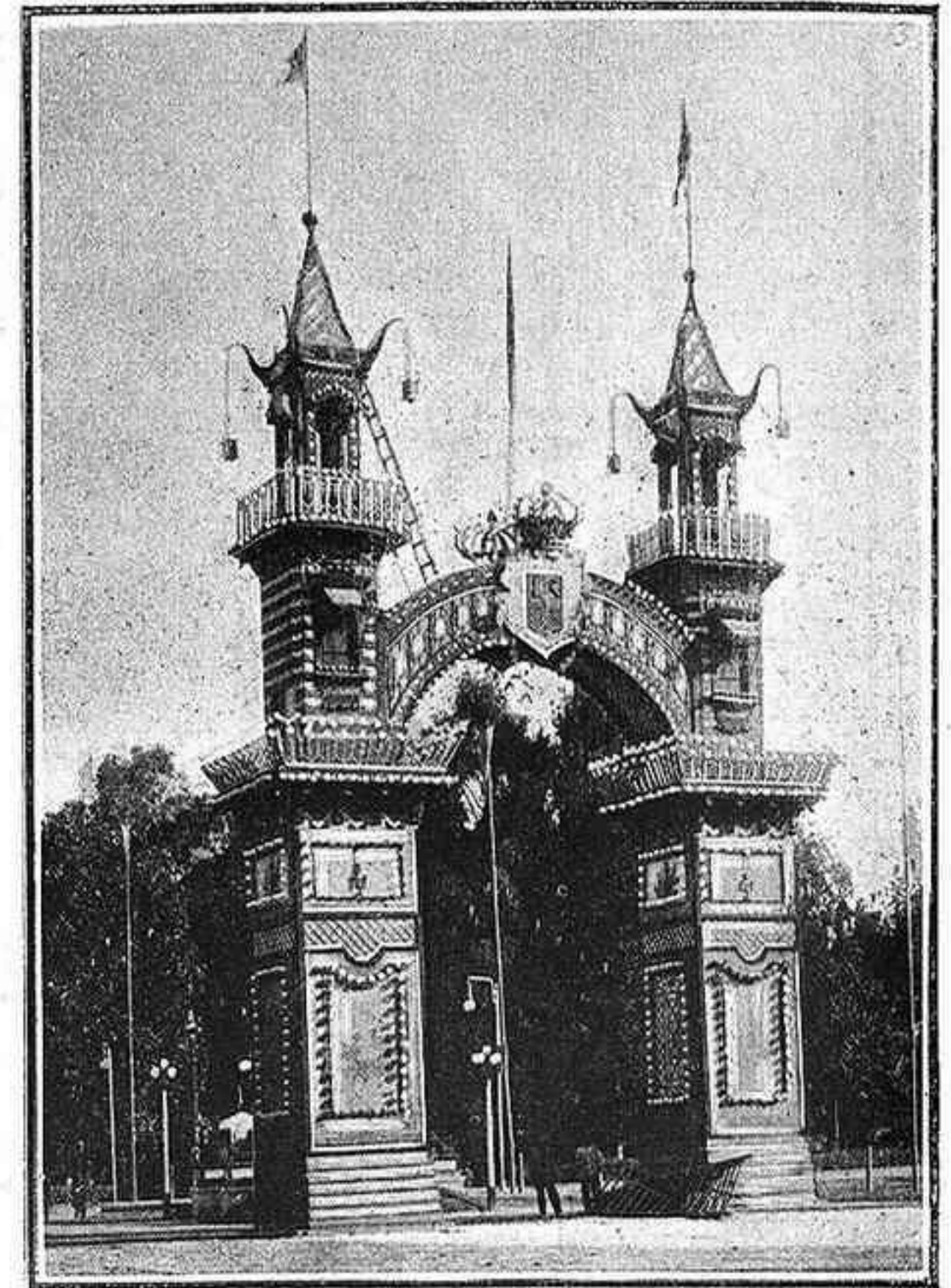
PABELLÓN DEL AYUNTAMIENTO

por lema *Amor*, es lo mejor que se ha escrito de algunos años á esta fecha en lemosín. Hay en ella estrofas valientes, elevadas; pero donde se demuestra la exquisita sensibilidad de su alma es en los pa-

sajes amorosos: cada verso de cadencioso ritmo hace pensar..., sentir hondo.

El Sr. Pont eligió como reina de la fiesta á la bellísima señorita Mercedes Silvestre Sabater. Las valiosas joyas y el magnífico traje con que adornaba su hermosura y la elegancia que la distingue, hacíanla digna soberana de la poética fiesta.

Como de la batalla de flores también tengo que ocuparme ligeramente, me concretaré á decir que resultó una de las mejores. Fué una lástima que el tiempo lluvioso desluciese algo el festejo, pues la



ARCO DE LA DIPUTACIÓN

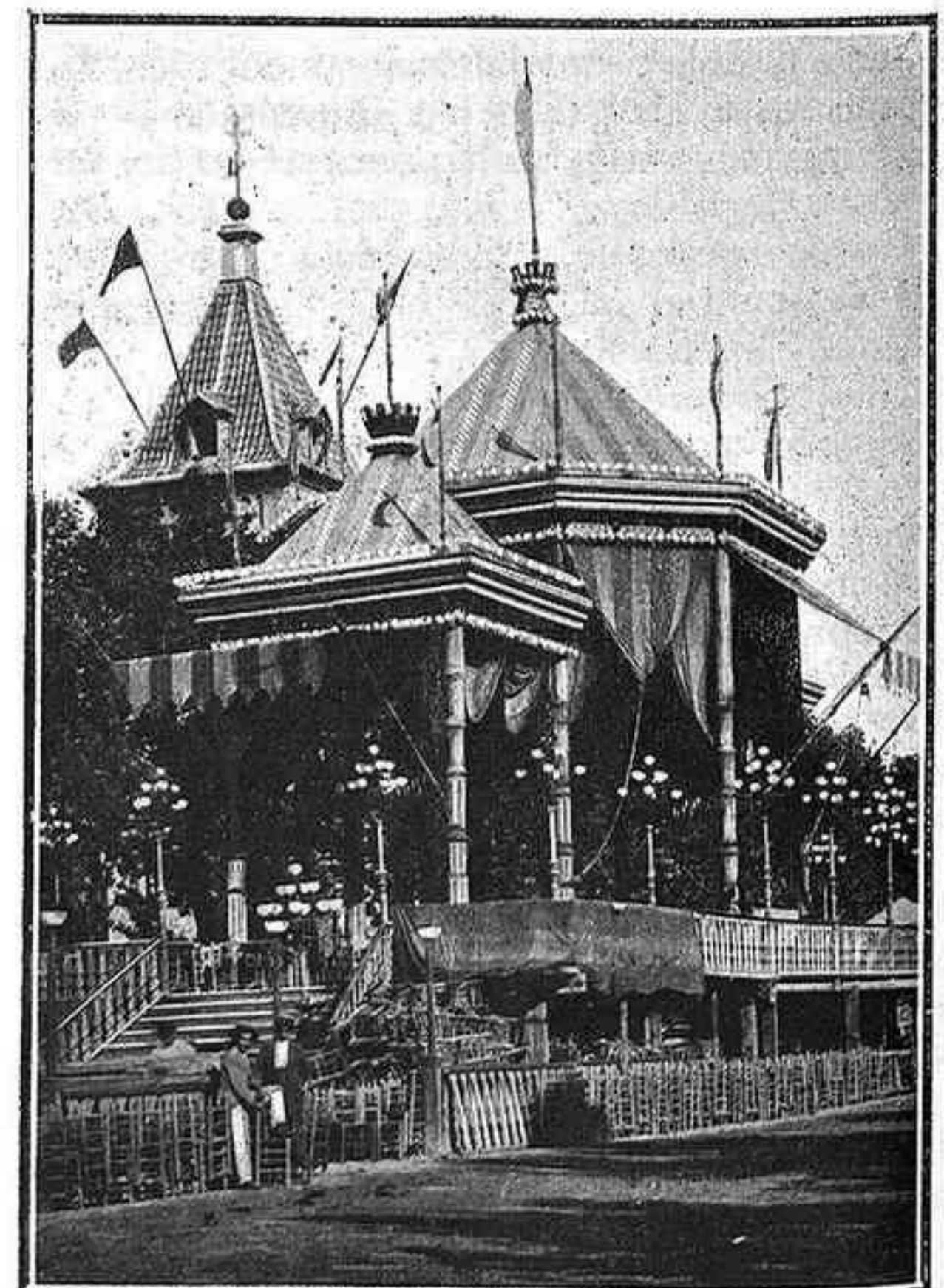
muchedumbre que invadía pabellones, tribunas, graderías y paseo, era mayor que en años anteriores.

Se presentaron un crecido número de carruajes, pero de ellos los más salientes fueron:

Primer premio: una mecedora confeccionada con dalias blancas; en el respaldo había un felino en actitud graciosa y debajo del mueble una pelota de grandes dimensiones.

Segundo premio: un pavo haciendo la rueda; la cabeza, cuello y moco del animal estaban figurados con agaratos y amarantos; el cuerpo con dalias de diversos colores, resaltando las plumas en acertada disposición, y la cola, formando abanico, la imitaban con gran propiedad dalias y jazmines.

Los demás premios fueron adjudicados respectivamente á veintitrés carruajes más, que no describo



PABELLÓN DEL ATENEO MERCANTIL

por lo que al empezar dije; mencionaré, sin embargo, las carrozas de las sociedades «Lo Rat Penat» y «Casino Universal.»

claveles reventones de los huertos valencianos; ahora es cuando juzgo que ellas dan la envidiable

tos de refrescos, resaltados por una línea de luces que va dibujando la figura de aquel hermoso conjunto.

**

Estoy en el apeadero del tranvía eléctrico junto al puente del Real.

La noche es clara, serena, hermosa..., noche de estío valenciano; un vientecillo suave refresca el bochorno que dejó el sol al partir; buscando al mar, murmurando al tropezar en los pedruscos del puente, van deslizándose las aguas del río, en cuyas orillas se adivinan á las ranas por la canturia gutural y monótona que se escucha; el vacío celeste, sublime, inmenso, se extiende sobre todo; en él brillan temblorosas las estrellas, semejantes á multitud de pinchazos hechos en su manto

azulado, por donde se escapa la luz misteriosa de otros mundos, y á l' atra vora del riu, á la otra orilla, del fondo obscuro de la noche se destaca el recorte luminoso de la feria.



D. JUAN BTA. PONT, poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales de Valencia



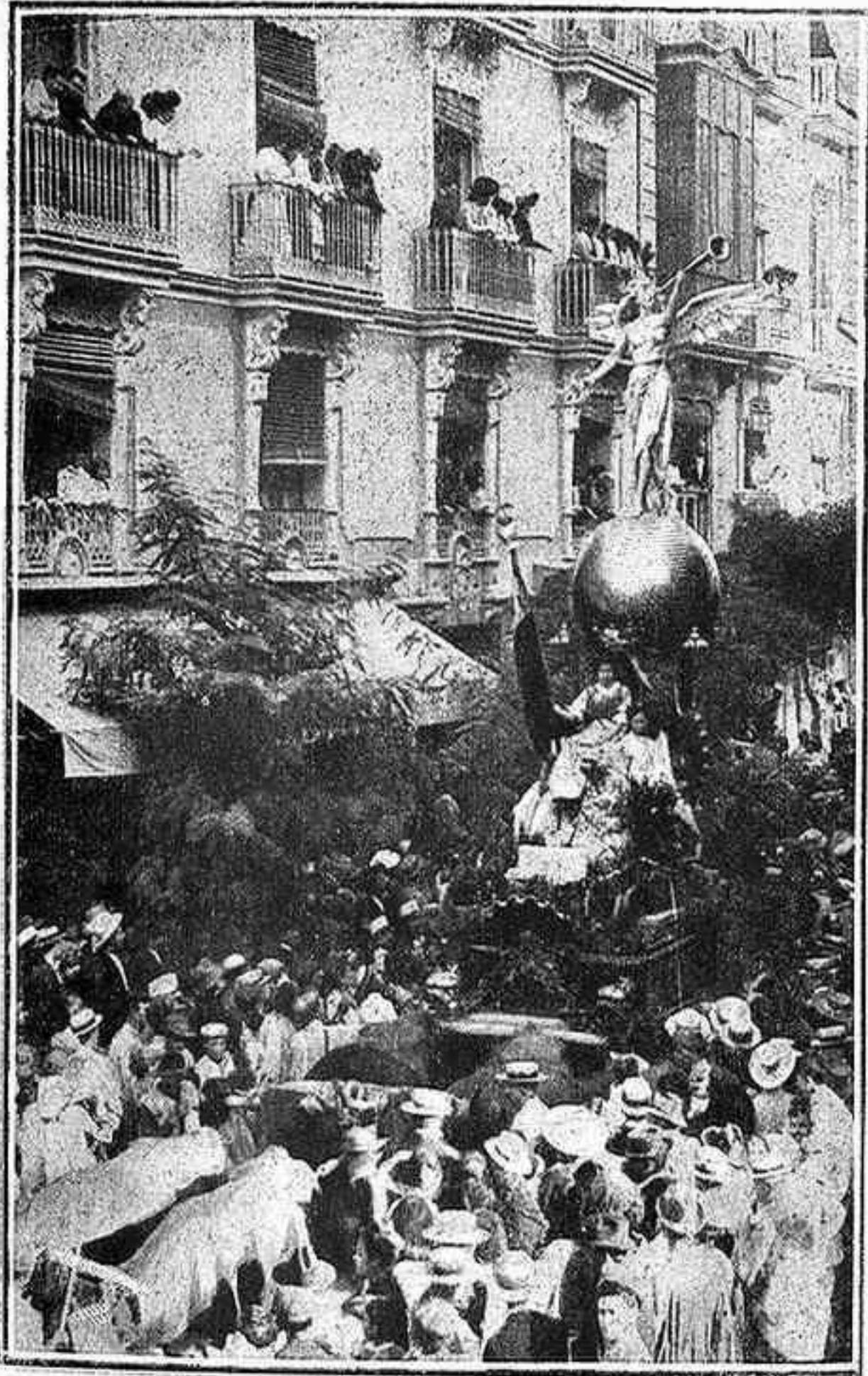
SRTA. D.ª MERCEDES SILVESTRE SABATER, Reina de los Juegos Florales de Valencia

Frente al paseo y junto al palacio de Ripalda están los bailes populares. Encima del extenso tablado se levanta una barraca. La techumbre de paja gris, la blancura de las paredes, la parra que teje su toldo á la puerta, las sillas con asiento de esparto donde descansan los tocadores mientras arrancan de la guitarra aires moriscos, las parejas de huertanos vestidos con el clásico traje del país bailando la antigua danza del *hu y el dos*, componen un cuadro valenciano lleno de vida y de sabor local.

A intervalos detiene el curso de la sonata la voz del cantador que entona la copla, una copla de armonía extraña; aun oyéndola cerca, parece que llega

y merecida fama á los festejos de la ciudad del sol. Pasando el puente, dejando á la izquierda las *montañitas* donde fué asesinado el general Elío y torciendo hacia el paseo, lo primero que se encuen-

de lejos impregnada del azahar de los naranjos, suave al principio, potente al final como el canto del labriego que se aproxima á su barraca cuando el atardecer pone término á la faena cotidiana.



FERIA DE VALENCIA. - LA CABALGATA. - CARRO DE LA FAMA. - CARRO DEL TURIA Y RÍOS AFLUENTES. - CARRO DEL CANCERBERO INFERNAL

Hacia ella se dirige la multitud, la marea humana, ese conjunto de seres que constituye la vida de una capital. Hacia la feria se dirigen todos, guiados por una misma idea, pero abrigando cada uno un deseo diferente. Hacia allí desfilan todos; los que hablan de teatros, de modas, de toros, de política..., de conquistas y de persecuciones amorosas.

Para estos últimos se hizo la feria. ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas en cada juvenil corazón de mujer!.. ¡La mujer valenciana! Ahora que la veo pasar y confundirse en el tráfigo de la feria cuyos murmullos llegan hasta mí; ahora que la veo pasar recogiendo con un pelizco coquetón el vaporoso vestido que se ajusta á las correctas formas de su cuerpo cimbreante; ahora que contemplo su tez ligeramente pálida, que me hiere el brillo de sus ojazos negros circuidos de un livor tenue que los agranda y los ahonda; ahora que siento el respirar de su seno exuberante que amenaza romper los encajes que le aprisionan, imitando á los

tra es el busto de Aser, iniciador de la feria, y el arco de la Diputación construido en 1888 cuando vino doña María Cristina á Valencia.

Desde allí se ve esa perspectiva fantástica, las fuentes, los elegantes pabellones y los establecimien-

Un fuerte de instrumentos de metal apaga la última cadencia de la copla; cesan éstos, y son reemplazados por las castañuelas, que marcan, con repiqueteo monótono, un compás lento acompañado del rasguear de las guitarras, hasta que la voz del que canta vuelve á interrumpirlo.

El paseo, las horchaterías y los pabellones están profusamente iluminados. Cada lugar ocasiona un motivo diferente.

En el paseo, ¡cuántas miradas ansiosas buscan algo que el corazón espera!.. ¿Volverá el de las noches anteriores á insistir?.. ¿Vendrá la que rifa numeritos en la tómbola?..

¡Las horchaterías! En ellas el espectáculo es muy diferente. No hay otro remedio, si el novio no quiere pasar por tacaño, que convidar á su amada y... á la futura familia. «¿Qué va á ser?», pregunta la airosa camarera vestida con el traje de labradora, descotado el blanco seno, cortas las mangas que terminan en espumoso encaje, fresca la hermosa cara y con los cabellos prendidos con agujas y



FERIA DE VALENCIA. - BATALLA DE FLORES. - UNA ROSA, carroza del Casino Universal

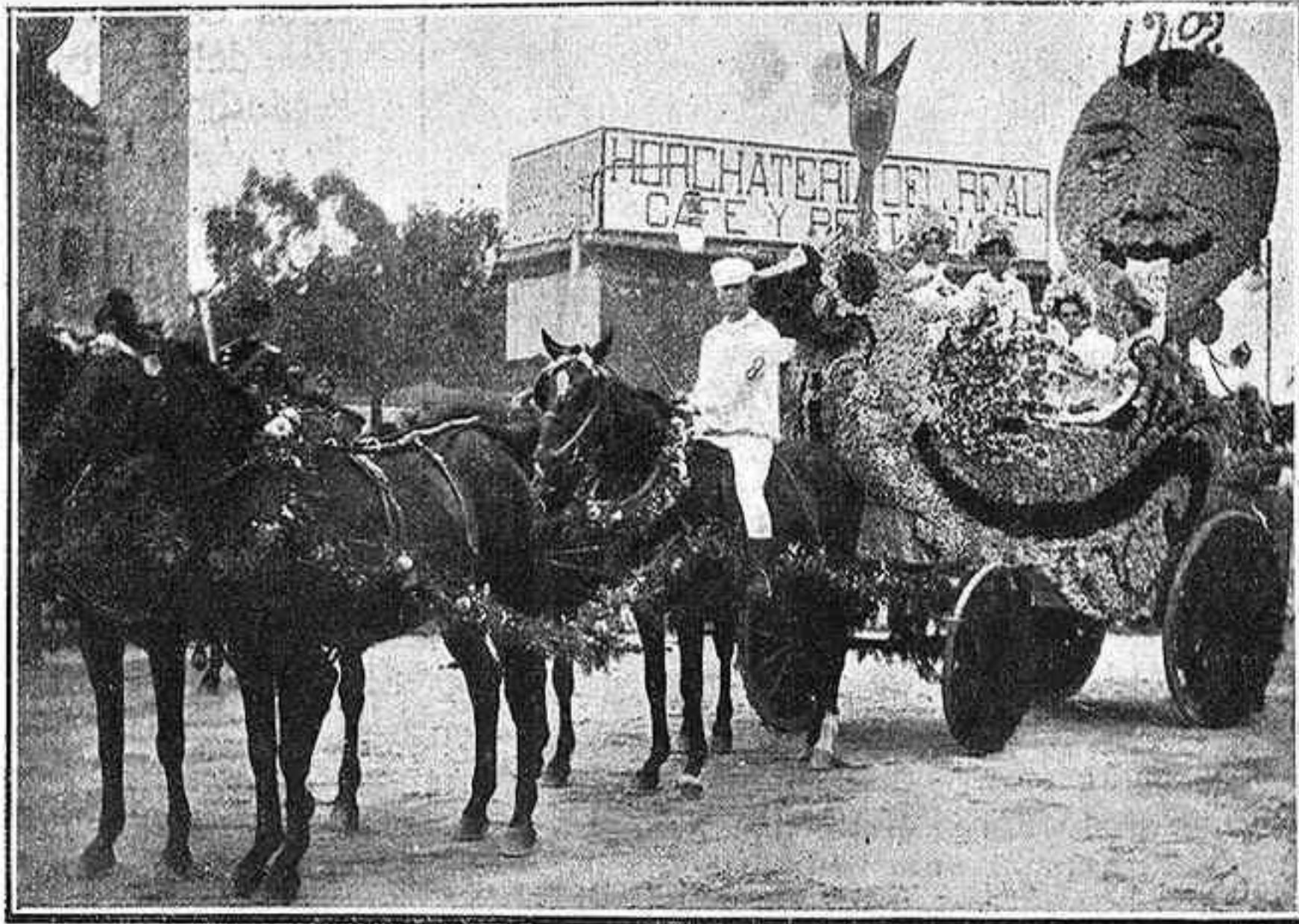
adornados con claveles, que forman un canastillo de flores. Y vuelve al momento, dejando sobre el velador los vasos de sólida horchata, clavada en ella la pajita para absorber su frescura.

En algunos pabellones se dan bailes de sociedad. ¡De cuántos idilios, de cuántas desazones son silenciosos testigos aquellas maderas con artísticos decorados y aquellos globitos de luz blanca!.

Pero donde mejor se pasa la noche es en la parte baja del Pabellón Municipal. Aquellas grutas de espeso follaje dan á la estancia una frescura deliciosa. Desde allí, sentado en la semiobscuridad, se puede contemplar todo perfectamente, nadie molesta.

La gente, repartida en los sitios mencionados, pasa la velada tranquila, esperando á que den las doce. Entonces varía por completo el aspecto de la feria; van á quemar la traca. La de la noche última es la monumental, la que da vuelta á todo el paseo con sus 1.600 metros de longitud.

Algunos cohetes anuncian con silbidos prolongados la hora esperada; en los postes de electricidad se encienden las luces de bengala; su cabellera de humo rojizo se enreda en el ramaje y parece que ardan los árboles; varían los colores que tiñen á las personas, dándoles una expresión extraña, y después se oye el ruido estrepitoso de la traca que se acerca.



FERIA DE VALENCIA. -- LA BATALLA DE FLORES. -- UN ALMANAQUE, carroza de la sociedad Rat Penat.

Parece un monstruo infernal que avanza iracundo entre ruidos espantosos y escupiendo espumarajos de fuego al verse aprisionado. El *cueter* y un grupo decidido de curiosos, en el que abundan los chiquillos, van siguiendo al último cartucho que estalla. Los demás se apartan para dejar libre el paso al que de tal manera lo solicita.

Hay que alzar la voz para lograr entenderse, hay que buscar el mejor sitio para ver bien el impresionable espectáculo, y entonces sí, entonces todo es animación, bullicio, algazara... Conforme se aproxima hacia el final, son más potentes los estampidos, como si el monstruo de fuego luchase rabioso con la impotencia que le domina; mientras, tapándose los oídos, aguardan todos que reviente la *canterella*, el último petardo, que retumba estruendoso, ensordecedor... Después, algunas salidas estallan sobre el fondo celeste, como si fuesen los estertores de la *fierra* que agoniza.

Esta es una fotografía muy velada de lo que ocurre por la noche á *l'atra vora del riu*, donde está la feria, de la que regresa la gente fatigada. Después Valencia se queda tranquila como nunca; sus habitantes se marchan á los pueblecitos inmediatos y allí pasan la temporada de calor, reclinados en la cómoda mecedora á la puerta de la alquería, aspirando las agradables emanaciones de la huerta y adormecidos por el bienestar de estas noches estivales.

Valencia, agosto de 1902.

JULIO DE HOYOS.

SUGESTIÓN

— Verá usted, dijo Enriqueta sonriéndose; cuatro años hace de lo que voy á contar; cuatro años, y no lo olvidé un momento: conocía yo á Luis Andújar desde mi niñez; tenía Andújar un carácter noble, fogoso: encantaba con sus aspiraciones y sus ideas. Llegó un día en que Luis Andújar se enamoró de Angela: ella conocía su generosidad, su elevación de sentimientos; le estimó primeramente y acabó por amarle con locura. La verdad es, añadió Enriqueta pensativa, que no hay seres perfectos; la verdad es que, en el mundo, cada hombre procura estudiar y conocer al que tiene más cerca, sin que se estudie ni se conozca á sí mismo el que trabaja por conocer á los demás: esa es la causa de que no seamos como debemos ser; gran parte de nuestras imperfecciones nos las debemos á nosotros mismos...

Luis, el buen Luis Andújar, novio rendido, generoso y apasionado de Angela la sin par, presentó de pronto un nuevo carácter, no esperado, que hizo sufrir á los que de veras le amaban y reír á sus conocidos. ¡El defecto de Luis era amar demasiado!

Al principio, en sus relaciones con Angela, se mostró discreto para ciertas pequeñeces, que no merecían mencionarse siquiera; esas nubecillas que son como auroras blancas, que se deshacen en gotas de rocío sobre el corazón de los enamorados; pero conforme fué apoderándose de él aquella tensión inmensa..., aquel cariño que era ya locura, inconscientemente, sin comprenderlo, sin

darse cuenta, empezó por aislarse á sí mismo y aislar á Angela de los otros; sufría cuando ella hablaba con alguien, cuando iba al teatro, cuando iba al paseo, cuando la miraban, cuando miraba. Ella comprendió que todo aquello que emanaba de él, aunque pudiese contrariar á otros, eran pruebas de amor, y por esto, como era leal y generosa, no quiso, no pudo defenderse de aquella sugestión singularísima que la locura de amor del hombre ejercía sobre ella, aunque sufriendo y lamentándola.

Llegó un punto en que tuvieron que mediar los padres de Angela: idolatraban á su hija, amaban á Luis entrañablemente, pero tarde ó temprano tendría aquello un desenlace fatalísimo. Andújar no trabajaba, á Andújar no se le veía; dejó á sus amistades, dejó sus relaciones todas; no había para Andújar más mundo que aquel de su cerebro donde flotaba una imagen, sólo una imagen: la imagen de Angela. ¡Vivir por ella y para ella solamente! Y la envolvía, la fascinaba en aquel aluvión inmenso, tan feliz, tan desgraciado á la vez de lo que sufría y lo que gozaba en aquel cariño de celos é inquietudes, que Angela no pensó y no habló y no hizo nada ya que no fuese con la voluntad, con el pensamiento, con la palabra de Andújar.

¿Cómo — dirá usted, amigo mío — aquel hombre generoso, reflexivo, lleno de respeto á la sociedad, y siendo respetado y admirado, conducíase así, mostrando de aquel modo intolerable la evolución de su cerebro, hasta contraer una enfermedad que daba risa unas veces, compasión otras é impaciencia siempre? ¿Cómo llegó al extremo de hacerse ridículo y ridiculizar á la mujer á quien amaba, haciéndola morir entre congojas y haciéndola llorar desconsideradamente por un detalle cualquiera? ¿Sabe usted por qué?, repitió Enriqueta melancólicamente; porque ella fué tan mezquina y cobarde de espíritu como él; porque ella, con todo su talento — pues lo tenía y mucho, — no comprendió que aquel camino era el de la desgracia; porque se dejó deslizar, sin detenerse ni detener al mismo Andújar con la palanca del prestigio que sobre él ejercía.

Pero los padres de Angela vieron el abismo abierto y los vieron á los dos al borde del abismo; la hablaron categóricamente; todo concluía si aquella situación no terminaba al punto... Llorando me contó Angela aquello y no supe qué decir; me conmovía su desgracia por lo amiga que era de los dos. Una noche — me lo contó Angela después — habíase acostado ella; leía un poco para quedarse dormida, y no sé qué idea le sugirió alguna otra del libro: á la mañana siguiente se levantó resuelta, llamó á su madre y le dijo tranquilamente que se iba á casa de una amiga.



MECEDORA Y PELOTA, carroza del Sr. Guay, primer premio



UN PAVO, carroza del Sr. Laureano, segundo premio

— Pero ¿y Luis?, se atrevió á decir la pobre señora, aterrada de lo que iba á suceder.

Angela se encogió de hombros, muy pálida; bajó, metióse en el coche y se fué.

Llegó Luis... ¿Qué era aquello? ¡Angela no estaba allí para ser la primera en verle! ¡Angela no estaba allí para dirigirle una sonrisa de saludo antes que él entrase siquiera! ¡Angela no estaba allí para escuchar temblando las quejas de su novio, que nunca tenían fundamento! ¿Dónde estaría Angela? Angela no le quería ya. Angela le estuvo engañando. Angela no merecía su amor, ni su respeto, ni sus consideraciones.

— ¿Y Angela?, preguntó al fin.

— Le dí permiso para que fuese á visitar á una amiga de colegio.

No contestó, no habló una palabra; quedó sentado, inmóvil, con los ojos fijos, como si fuese de piedra.

Angela no volvía y él salió silencioso. ¿Adónde iba? ¿Qué ideas fueron las suyas? Nadie lo supo jamás. A la otra noche llegó á casa de su novia pálido, frío como un muerto. Angela tuvo valor para acogerle con indiferencia: se puso á leer; no le dirigió la palabra en todo el tiempo que estuvo á su lado. Hubiera querido Luis estallar, reconvenirla, insultarla, quejarse á gritos de aquella traición. ¡Confundirla! ¡Matarla!.. Angela no le hacía caso. Contenta Luis unos rugidos de fiera herida que le subían del corazón..., y al fin estalló como torrente que se desborda... Pero ella cerró el libro, impasible, lo puso sobre la mesa y dijo, levantándose, con dignidad de reina:

— No es digno de tí ni de mí este espectáculo. Voy á dormir; tengo sueño. Y se retiró.

¿Qué sucedió á Luis? No ha podido saberse. No contestó, no dijo una palabra, quedó lívido, silencioso, inmóvil. Un mundo inmenso, desprendido no sabía él de qué otros mundos lejanos, pareció caer de pronto sobre su cabeza y sobre su corazón para aplastárselos. Mantúvose en silencio y se fué sin hablar con nadie, jurando no volver á casa de Angela.

— ¿Y no volvió?, pregunté á Enriqueta, verdaderamente interesado.

- ¡Ojalá no hubiera vuelto!, contestó ella con dulzura.

A la noche siguiente estaba allí, cariñoso, solícito, bueno, respetándola, adorándola tiernamente... ¡Pobre Luis!

Pasaron muchos días sin que una nube eclipsara aquel nuevo idilio. Luis parecía otro, y Angela era, al parecer, muy feliz con esto; pero ¿lo creará usted?, se notaba en ella una inquietud, un malestar indescriptible. Yo se lo dije riéndome: «¿Será, en resumen, que tu condición es de esclava, y que si no te pisan y no te humillan no vives?» Y se puso muy encarnada y quedó muy pensativa.

Una noche se disgustó Luis, y Angela ideó *hacer otra* para afianzarlo de una vez. El disgusto de Luis fué porque ella iba a salir al día siguiente con su madre. «¿No quiere que salga ni aun con mi madre? Pues saldré sola.» ¡Era cruel!

Se marchó Luis aquella noche, y al volver a la tarde siguiente encontró a su novia en la escalera. Iba sola, elegante, guapísima. ¡Qué diálogo!

- ¿Adónde vas?, preguntó Luis con terror.
 - A la calle.
 - ¿A la calle?
 - A la calle.
 - ¿Sola?
 - Sola.
 - Pero ¿adónde vas?
 - De tiendas,

- ¿Y no te acompañan?
 - ¿Para qué? Ya no se estilan los rodrigones. Y se alejó sin decir más.

bilidad; que fué otra vez el hombre correcto, generoso, sencillo, de amplios ideales, de seguro juicio, capaz de hacer feliz a la mujer amada.

- ¡Y Angela sería dichosa al fin!, exclamé respirando ya libremente.

- Amigo mío, contestó Enriqueta en voz temblorosa, Angela había sido feliz hasta entonces... Pero ya no lo fué.

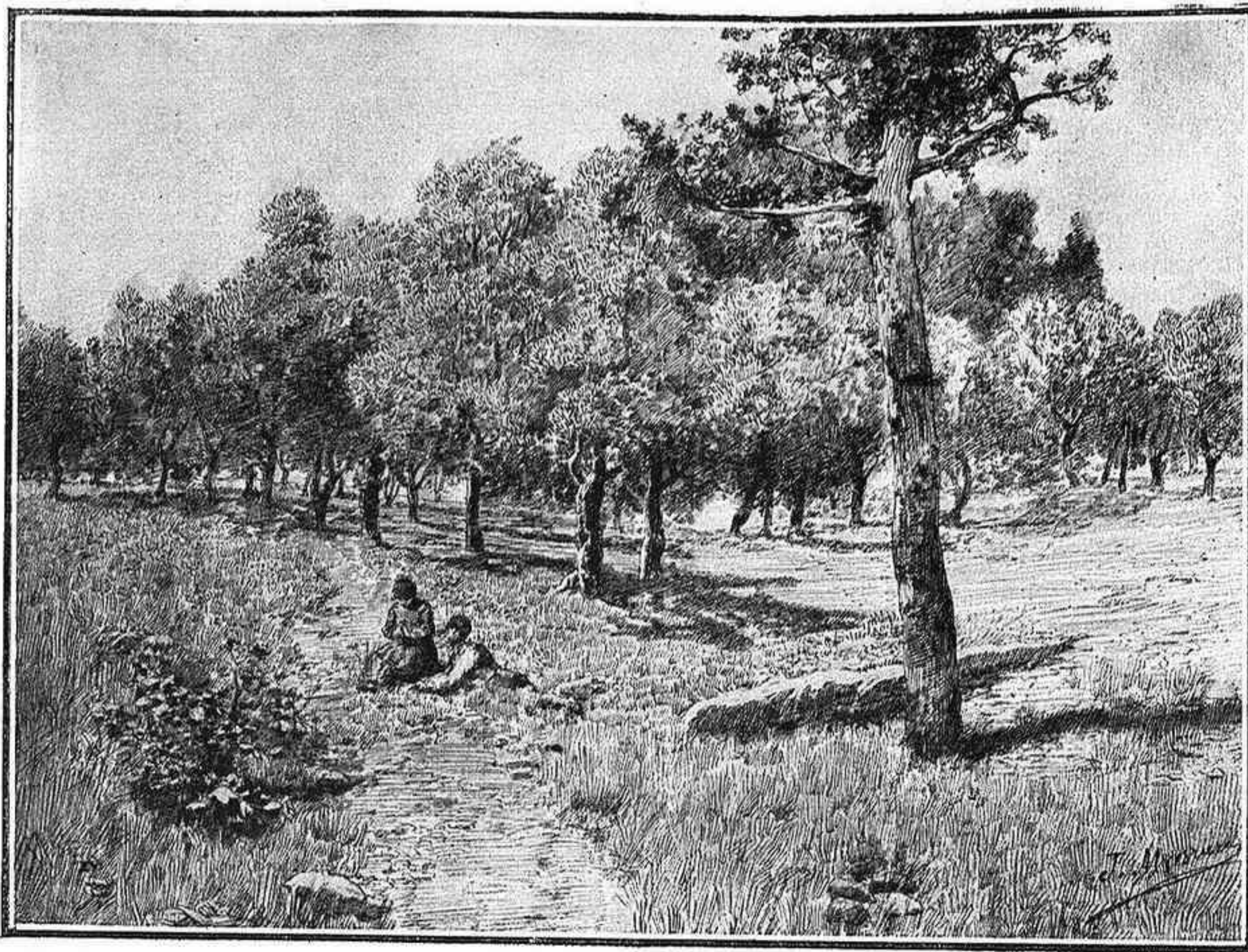
- ¿Es posible?, grité con una exclamación de sorpresa.

- Sí, posible. ¡No quiso ya a Luis! Lo que le dije, riendo, en cierta ocasión, era una gran verdad. Hay mujeres que para amar con locura, para ser verdaderamente dichosas con su amor, necesitan en el cuello el pie del hombre. Angela, que tantas cosas grandes había hecho por el amor de Luis cuando él la subyugaba y la esclavizaba, se arrepintió grandemente, sin ella misma saberlo, de haber procurado su emancipación y haberla conseguido. De tal manera le fué imposible *soportar su dicha*, que buscó un pretexto fútil para terminarlo todo.

Un año después se casó con otro hombre. Casada está y su vida es un puro martirio. El hombre de su corazón, su ídolo, no es ya un déspota como lo era Luis antes de corregirse, para su desgracia; es un infame.

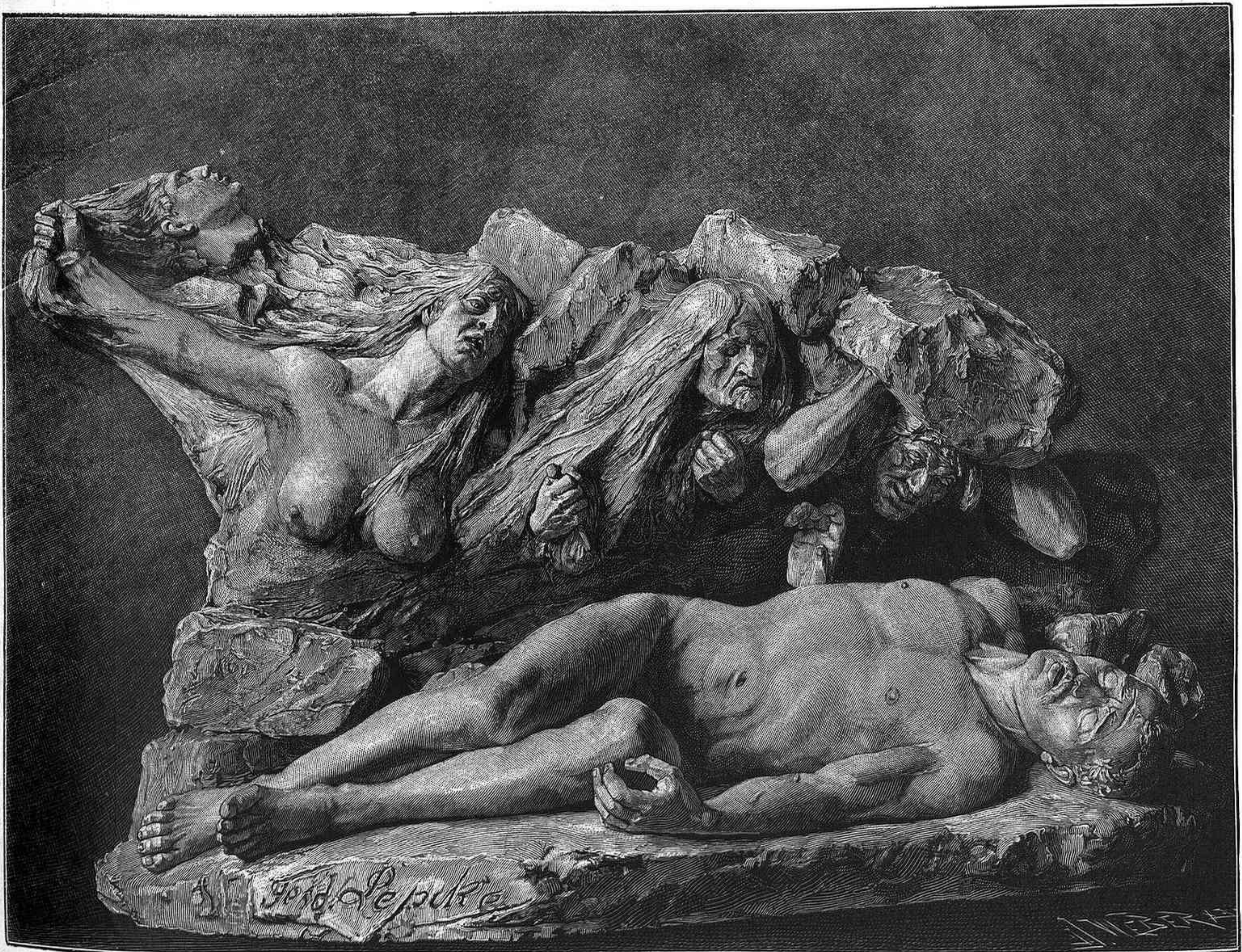
- Bien; pero... ¿y Luis?, pregunté ahogadamente.
 - Ha muerto.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.

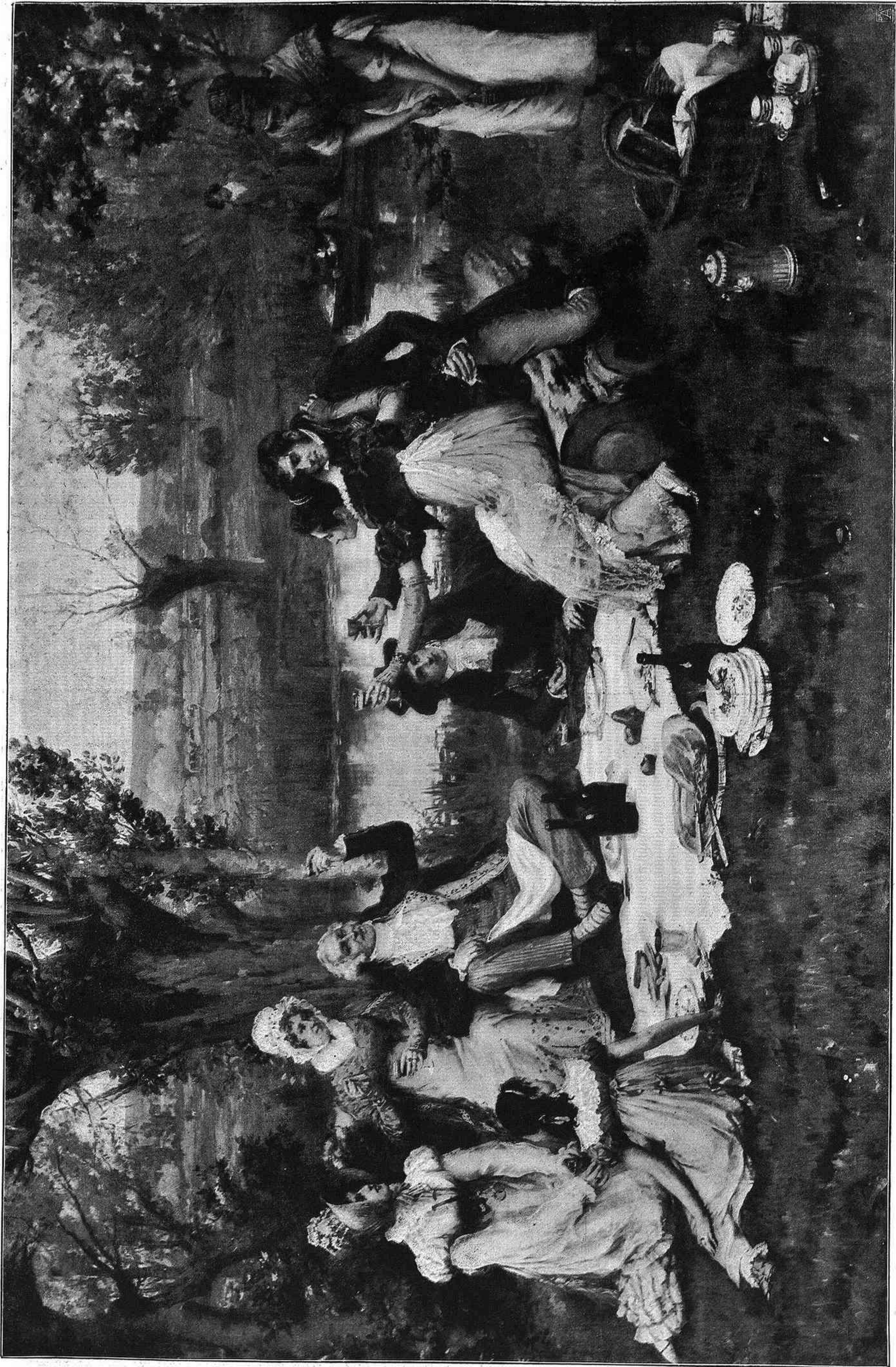


EN EL BOSQUE, dibujo original de José Masriera

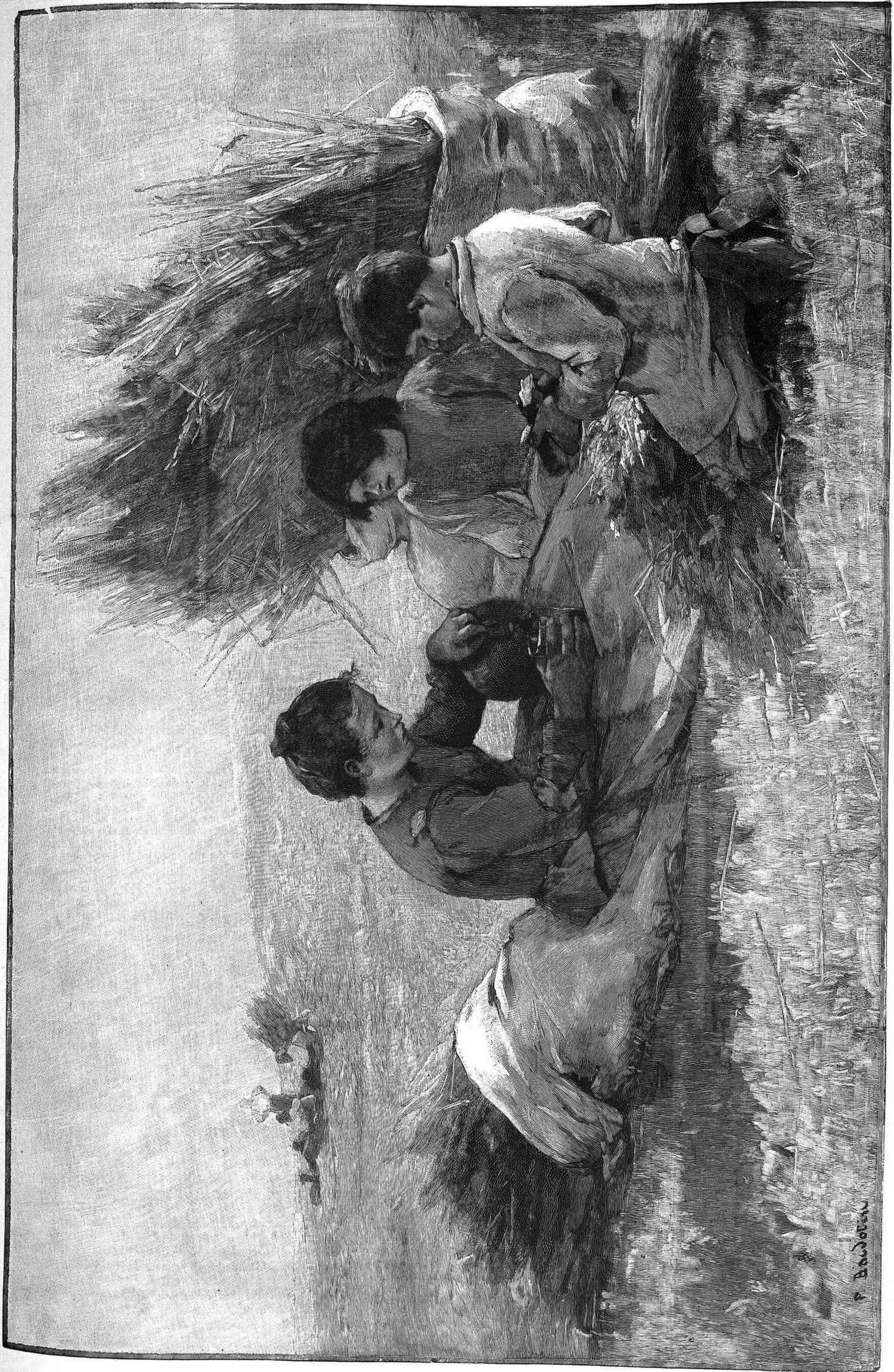
- ¿Y qué ocurrió?, pregunté ansioso.
 - ¡Oh, amigo mío!, una cosa que le hará a usted daño; que le hará comprender un poco mejor lo que es la mujer, lo que es la humanidad, lo que es la vida.
 - Pero ¿qué fué?
 - Que Luis pidió perdón a Angela; que Angela se lo concedió; que él se corrigió de veras con aquella conducta de Angela; que desapareció aquella de-



Remordimientos, grupo escultórico de Fernando Lepcke



MERIENDA CAMPESTRE, cuadro de P. Outin

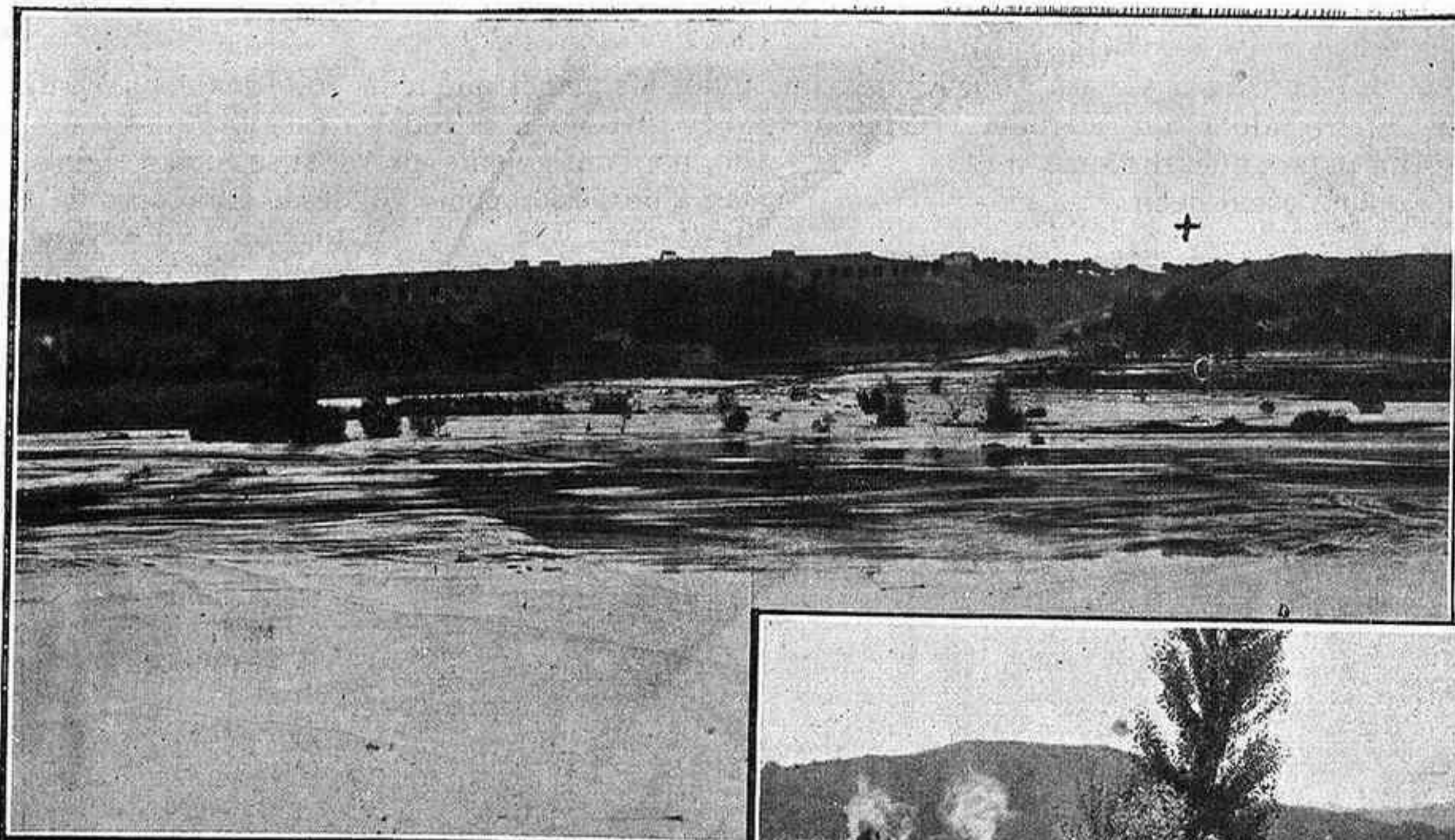


LA COMIDA DE LOS ESPIGADORES, cuadro de P. Baudouin



NUESTROS GRABADOS

La catástrofe de Camargo.—Cerca del pueblo de este nombre y en el sitio llamado el Hayuco, existía un depósito formado por una depresión natural del terreno y cerrado con un terraplén artificial de arcillas y caliza, adonde iban a parar las tierras y las aguas procedentes de las minas de hierro de la sociedad «William Bair and Company, Limited.» Hace dos años, los vecinos de aquel pueblo pidieron que se adoptasen algunas medidas en evitación de un peligro que considera-



LA CATÁSTROFE DE CAMARGO. — Aspecto de la vega inundada por el fango. — La cruz marca el sitio en donde estaba el depósito, cuya rotura causó la inundación. (De fotografía de Duomarco, de Santander.)

ban seguro, y que se reconociera el depósito; pero sus peticiones fueron desoídas, y aun parece que un ingeniero que reconoció el depósito declaró que no existía razón alguna que justificara aquellos temores. A pesar de esto, notáronse recientemente en el terraplén señales evidentes de que la presión ejercida interiormente sobre él por los 80.000 metros cúbicos de fango en el depósito acumulados determinaba un riesgo grave, y en seguida se comenzaron las obras de robustecimiento necesarias; mas viendo que ni aun así cesaban las filtraciones, el ingeniero encargado de los trabajos ordenó que se suspendieran las faenas en las minas y en los lavaderos, y procedió a extraer por medio de bombas el agua de aquel pantano.

A la una de la madrugada del día 6, bajó dicho ingeniero a reconocer el estado de la obra, y en vista del peligro inminente que amenazaba, dió orden de que se retiraran todos los obreros y de que el capataz avisara la proximidad de un derrumbamiento a los habitantes del cercano barrio de las Amédias, los cuales se limitaron a adoptar algunas precauciones y a poner en salvo sus ajuares y sus ganados. A la hora y media, se oyó un estruendo formidable, y una ola de cieno se precipitó sobre el poblado, arrasando casas, tronchando árboles y arrastrando con ímpetu irresistible cuanto a su paso encontraba. Se había reventado el terraplén abriéndose en él un boquete de 15 metros, por donde salió una masa de fango que no bajaría de 30.000 metros cúbicos.

Al amanecer, la ladera y el llano y todo el valle, en una extensión de un kilómetro y medio, aparecían cubiertos de lodo, entre el cual asomaban restos de árboles, animales muertos, aperos de labranza, carros y escombros de toda clase.

Los obreros de las minas comenzaron a trabajar con ardor para salvar a los vecinos sorprendidos por la inundación y extraer los cadáveres.

Las casas hundidas fueron siete, los muertos doce y numerosos los heridos.

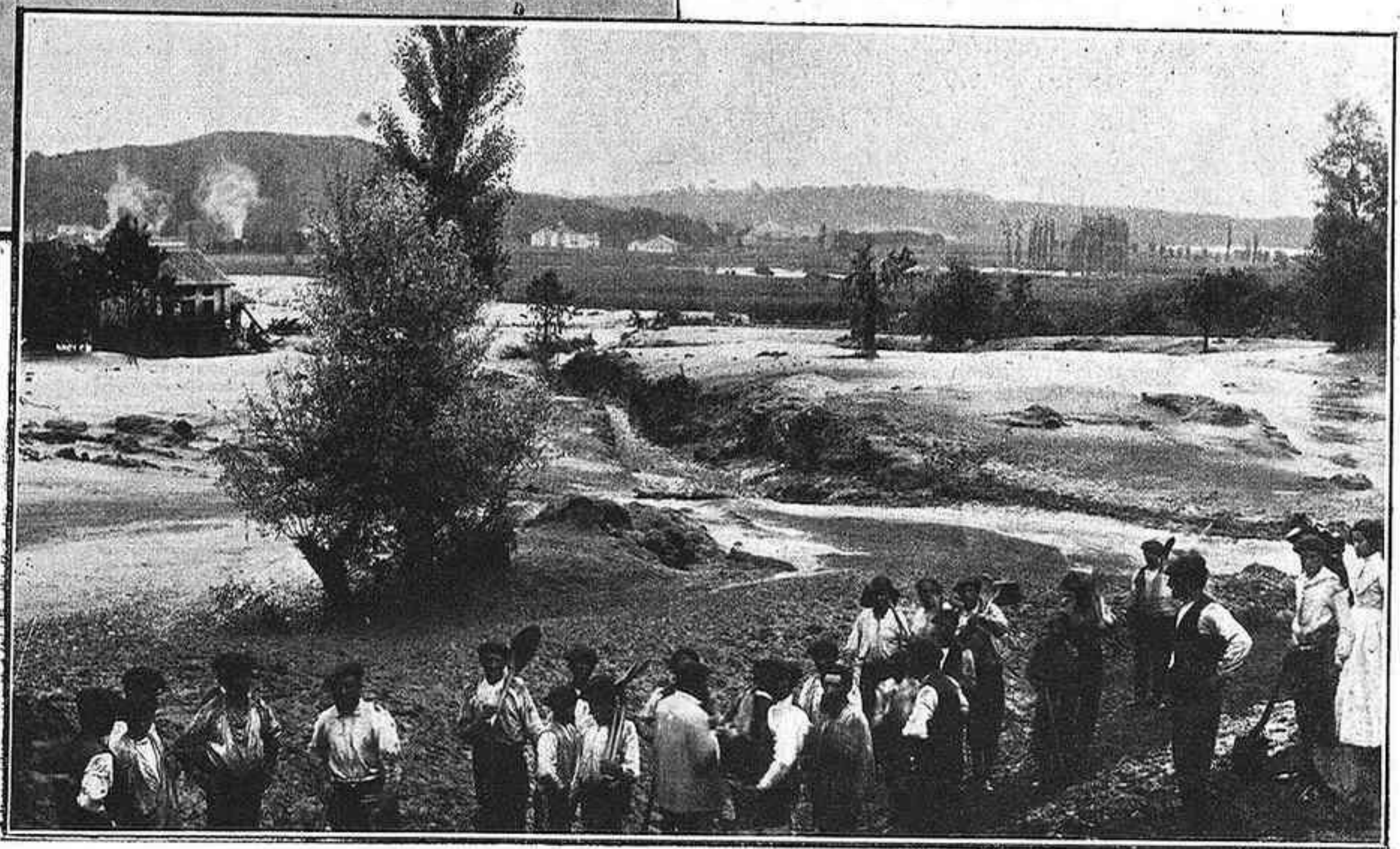
Las fotografías que en esta página reproducimos y que nos han sido remitidas por el reputado fotógrafo de Santander señor Duomarco, dan perfecta idea de la magnitud de la catástrofe.

Ensueño, cuadro de Gustavo Toudouze.—No es necesario dejar volar la fantasía para encontrar asuntos poéticos; la realidad los brinda prodigamente al artista, el cual, si sabe sentir la verdadera belleza, ha de encontrarse más bien que falto de temas de ese género, perplejo en la elección de los muchos que a su pincel se ofrecen. Dondequiera que haya cielos diáfanos y azules, bosques frondosos, jardines floridos, hallará el pintor elementos de sobra para componer un conjunto encantador; y si en la combinación de tales elementos agrega la figura de alguna mujer que a su juventud y hermosura junte una expresión hondamente sentida, el cuadro que de todo ello resulte habrá de ser forzosamente bello, por poco diestra que sea la mano del artista en trasladar al lienzo estos componentes. El notable pintor francés autor de *Ensueño* es de los que verdaderamente sienten el arte en su modo de ser más puro; y sin dejarse arrastrar por las veleidades de la moda, pero también sin permanecer aferrado por sistema a los antiguos cánones, toma de lo nuevo y de lo viejo lo que mejor a su temperamento se amolda, y gracias a esto produce obras tan deliciosas como la que en este número reproducimos y de la que bien puede afirmarse que es la obra de un pintor poeta.

En el bosque, dibujo original de José Masrriera.—Bien conocen nuestros habituales lectores hasta dónde llega el buen gusto y maestría de este distinguido artista, puesto que su constante galantería nos ha permitido reproducir en estas páginas varios de sus preciosos dibujos. Su nombre, respetado y conocido, nos releva esta vez de emitir juicios y consideraciones, limitándonos, por lo tanto, a llamar la atención acerca del estudio que en este número publicamos y ofrecerle una vez más el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

Remordimientos, grupo escultórico de Fernando Lepcke.—El criminal ha buscado en el sueño el

tan ansiado reposo que por unos instantes aleje de su mente la terrible imagen que le persigue. Concilió el sueño, mas no logró el reposo, que aun dormido se le aparecen en forma corpórea sus propios remordimientos, mostrándole la ensangrentada cabeza, blandiendo contra él el mismo puñal con que cometió el crimen y amenazando aplastarle con enorme piedra. Los tormentos que destrozan su alma están admirablemente reflejados en su cara y en su actitud; en esto y en las tres figuras que personifican sus remordimientos con vigor extraordinario, se manifiesta por modo elocuente el talento del escul-



LA CATÁSTROFE DE CAMARGO. — Mineros buscando los cadáveres sepultados en el fango. (De fotografía de Duomarco, de Santander.)

tor berlinés Fernando Lepcke: la impresión profunda que su grupo escultórico produce es su mejor elogio.

Merienda campestre, cuadro de P. Outin.—Para los enamorados de la naturaleza que forzosamente han de vivir la existencia agitada de las grandes ciudades, ¡cuán envidiable resulta la escena que en este cuadro se reproduce! ¡Cuán felices se presentan los personajes que en ella figuran! Sentados sobre la fresca hierba, a la sombra de frondosos árboles, junto al manso riachuelo, teniendo ante sus ojos el hermoso espectáculo del campo circundado por pintorescas colinas, y después de haber dado buena cuenta de la merienda, cuyos restos se ven todavía en el blanco mantel y en la verde alfombra, levantan las copas, dando suelta en sencillos brindis a las gratas emociones que de su alma se desbordan. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Cuánta dicha en aquellos semblantes! ¡Cuánta armonía entre la alegría apacible de aquellos personajes y la amenidad del lugar pintoresco que le sirve de escenario! Preciso es confesar, sin embargo, que a esa dulce emoción estética que la contemplación del cuadro despierta en nosotros, contribuye en buena parte la maestría con que el pintor ha sabido ver y reproducir todos estos encantos, maestría que se advierte, así en la composición en general, como en las figuras, en el paisaje y en todos los detalles de la pintura.

La comida de los espigadores, cuadro de P. Baudouin.—¡Cuán triste contraste ofrece este lienzo con el de Outin que acabamos de describir! No alegra aquí el paisaje el murmullo de ningún arroyuelo; ni un árbol mitiga con su sombra el ardor de los rayos solares; ni puede descansar la vista en ningún accidente del terreno: la inmensa llanura seca, abrasada, se pierde en el horizonte, y flota en la atmósfera el fuego de un mediodía canicular. Y en vez de los personajes de aquél, que respiran felicidad por todos sus poros y en cuyo porte se descubre una existencia holgada, vemos en la obra de Baudouin a unos pobres espigadores cuya vida es un tejido de fatigas, de privaciones, de miseria. No se refocilan estos infelices con la suculenta merienda, capaz de satisfacer los caprichos de los estómagos más exigentes; su comida se reduce al más modesto alimento, que apenas puede acallar su hambre. Este hermoso cuadro por sí solo impresiona profundamente, pero más nos conmueve puesto al lado del de Outin, porque ambos nos recuerdan que esta contradicción no es obra de la fantasía de los artistas, sino copia fiel de la realidad.

Repatriación de prisioneros boers.—Como consecuencia de la paz firmada entre Inglaterra y los representantes de los que fueron República Sudafricana y Estado libre de Orange, han sido reintegrados a su patria la mayoría de los prisioneros boers que los ingleses tenían distribuidos en algunas de sus colonias y posesiones. El grabado que publicamos en la página 552 representa el acto de despedirse el gobernador de Santa Elena de los que estaban confiados a su custodia en aquella isla, los cuales inmediatamente después emprendieron el viaje a Transvaal.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—VIENA.—En un antiguo comercio de objetos artísticos de Viena se ha hecho recientemente un descubrimiento importante. Con ocasión de realizarse algunas reformas en el edificio que ocupa, se ha encontrado un lienzo arrollado que hacía treinta años estaba en el almacén, sin que nadie se hubiese ocupado en examinarlo, y que ha resultado contener tres grandes pinturas decorativas de Tiépolo. Estas pinturas, que han sido hábilmente restauradas y que en otro tiempo adornaron un salón de la villa Girola, representan el *Triunfo de Anfítrite*, la *Expulsión de Selene por Hera* y el *Encuentro de Baco y Ariadna*, y miden: la primera, 4'22 metros de ancho por 1'88 de alto, y las otras dos 2'31 por 2'13.

PARÍS.—La venta pública de la galería de la tristemente famosa familia Humbert, que comprendía 150 piezas, en su mayoría de maestros franceses modernos, ha producido francos 1.187.950. Los cuadros que han alcanzado más elevados precios han sido los de Gustavo Moreau: su *Rey David* y su *San Sebastián* se han vendido en 51.000 y 39.000 francos respectivamente.

VENECIA.—Para la reconstrucción del «campanile» y de la «loggetta» de Sansovino recientemente derrumbada, el municipio de Venecia ha votado 500.000 liras y la Caja de Ahorros 100.000. Además, el rey ha dado 6.000, y en Trieste y en todas las poblaciones de la llamada Italia irredenta, especialmente en Istria, se promueven con grande entusiasmo suscripciones públicas con el mismo objeto.

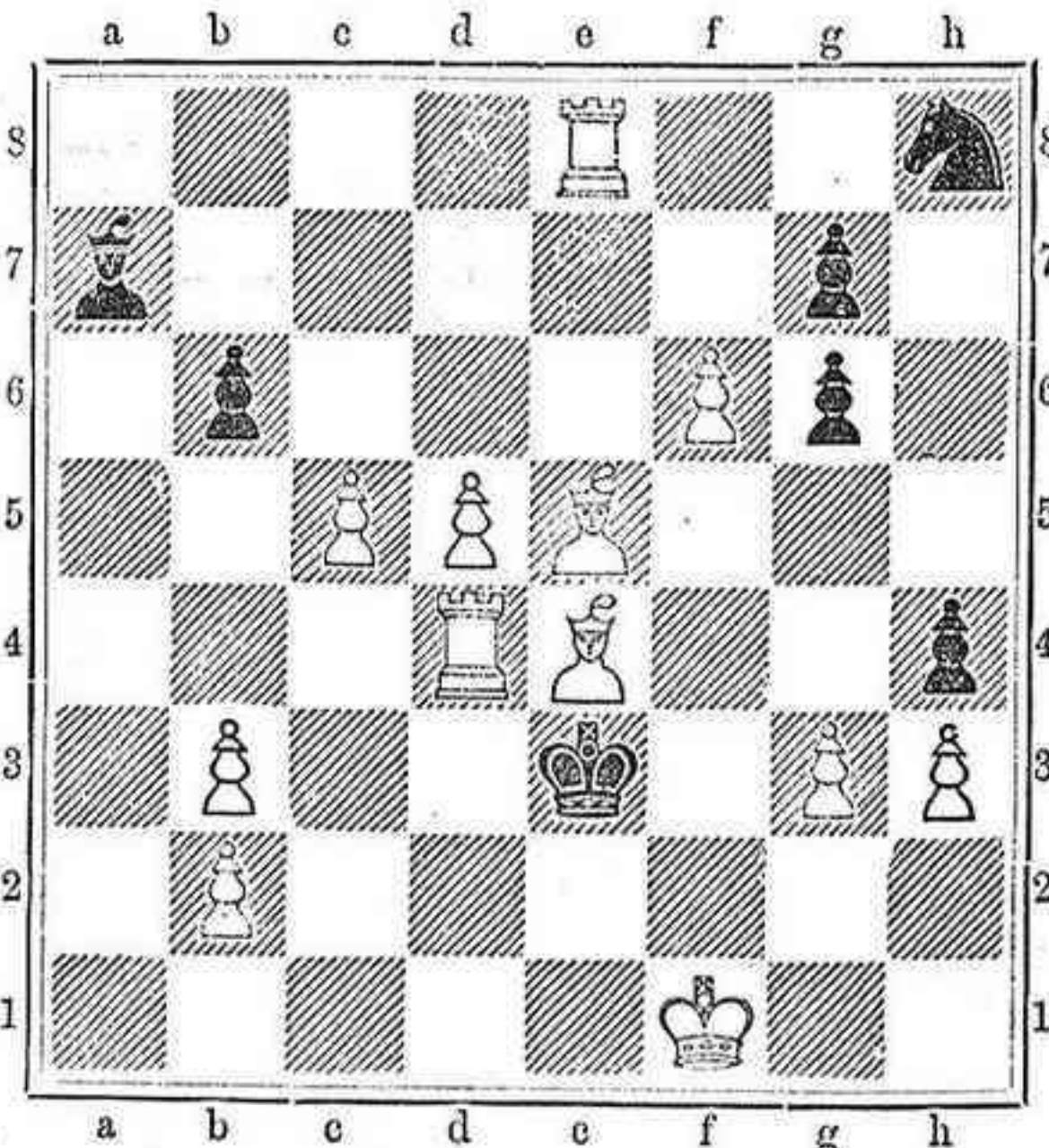
Neurología.

—Han fallecido: Mistris Alexander, notable novelista inglesa. Carlos Gerhardt, célebre médico alemán, catedrático y director del segundo hospital de la Caridad de Berlín. Enrique Hofmann, compositor alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín, autor de algunas aplaudidas óperas. Alejandro Kowalski, célebre astrónomo ruso.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 291, POR A. F. MACKENZIE.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 290, POR W. F. V. HOLZHAUSEN.

- | | |
|------------------|---------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. f2—f4 | 1. g4—f3 tomando al paso. |
| 2. g2—g4 jaque | 2. h4—g3 id. id. |
| 3. Dc8—h3: mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|---------------------|-----------------|
| 1..... g5 toma Pf4; | 2. Rh8—g7, etc. |
| 1..... Rh5—h6; | 2. Dc8—d8, etc. |
| 1..... Otra jugada; | 2. Dc8—f5, etc. |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

El Sr. Dernburg calló durante unos momentos, y después con tono severo y cariñoso á la vez continuó: «¡La vía libre!» Esta es una frase de aquella gente y tú la has adoptado, ¿no es verdad? ¡Ya lo creo! La vía libre para poder rodar al abismo, que es adonde se va á parar, hijo mío, con esas palabras vacías de sentido.

El anciano industrial paseábase agitado por la habitación; de pronto se detuvo delante del joven y mirándole irónicamente le dijo:

«Según tengo entendido, á pesar de tus pocos años ocupas ya un puesto importante en el partido: todos esperan tener en ti uno de los futuros caudillos, uno de esos que les conducirá á la gran emancipación, ¿no es verdad? No hay que decir que esa gente es astuta y conoce á los hombres; por esto ha comprendido que para atraerte se necesitaba un buen cebo.

«¡Sr. Dernburg! ¿Me cree usted capaz de obrar por cálculo?»

«Por cálculo, no; por ambición, sí, respondió el anciano fríamente. Apuesto á que tú mismo no sabes qué es lo que te ha empujado hacia ese partido; pero yo te lo diré. Ser un ingeniero inteligente, trabajar para llegar á ser un ingeniero jefe, es una carrera honrosa, pero demasiado modesta, demasiado limitada para un carácter como el tuyo; en cambio, estar al frente de millares de hombres, dirigirlos con una palabra, con un signo, lanzar en el Parlamento discursos de fuego que toda la nación escucha, oponerse á un régimen social establecido, luchar contra él, ser llevado sobre el pavés como general, como creador de nuevas ideas, de nuevas vías, ¿este es el poder que te fascina, que te embriaga! No lo niegues, porque te conozco.

Runekc no negó ni asintió, sino que permaneció con la cabeza inclinada, fruncida la frente y apretados los labios.

«Pero aquí no quiero novedades; díselo á tus señores socios si quieren saberlo. Y tú, ¿cómo te has atrevido á venir con esas ideas nuevas? ¿Por qué no te quedaste en Inglaterra ó en Berlín, declarándome la guerra desde lejos?»

Egberto continuó guardando silencio, pero un estremecimiento sacudió todo su cuerpo y sus mejillas se enrojecieron. El Sr. Dernburg, que no apartaba de él los ojos, se serenó y sonrióse; y luego con acento más tranquilo prosiguió diciendo:

«Corriente, supondremos que has vuelto á impulsos del cariño que á mí y á mi familia nos profesas. Verdaderamente Enrique y Maya te consideran como hermano. Oye: por ahora te encargarás de la dirección de los trabajos de Radefeld, y después... después veremos. Antes de perderte definitivamente, espero que pensarás en el porvenir que con tus locuras perderías.

Runekc alzó la cabeza y miró á Dernburg con expresión interrogadora: no acertaba á explicarse adónde iba á parar aquel discurso.

«¿Qué quiere usted decir?»

todos los planes que tenía yo formados para el porvenir. Mi Maya es todavía casi una niña y no puedo, por consiguiente, prever si su futuro esposo será tan á propósito como yo deseo para ocupar tal situación. No soy de los necios que con su dinero quieren hacer de su hija una condesa ó una baronesa; yo sólo pienso en el hombre sin preocuparme de la clase á que pertenezca..., con tal de que cuente con la simpatía de mi hija.

Aunque velada, era aquella una promesa deslumbradora para el joven ingeniero: éste lo comprendió así, acercóse algunos pasos al anciano, y pálido como un muerto, con los labios convulsos y la voz sofocada por la emoción, dijo:

«¡Sr. Dernburg! ¡Arrójeme usted de esta casa!»

El Sr. Dernburg sonrióse conmovido, y poniendo una mano sobre el hombro del joven repuso:

«No, hijo mío, no te arrojaré de mi lado; antes, procuraremos volver á entendernos mutuamente. En el entretanto, te encargarás de esas obras de Radefeld y en otoño habrás terminado este trabajo, ¿no es verdad?»

Egberto luchaba consigo mismo y transcurrieron algunos segundos antes de que pudiera hablar. Al fin con voz ahogada contestó:

«Esta proposición es un peligro para entrambos.

«Tal vez sí, pero tratándose de ti lo acepto gustoso. No creo que la felicidad de tu partido sea cosa tan urgente que no te permita demorarla por dos ó tres meses. Consideremos esto como una tregua. Y ahora ve á reunirte con Enrique, que estará impaciente por saber el resultado de nuestra entrevista. También Maya estará contenta de

volver á verte después de tanto tiempo como has estado en Radefeld; por consiguiente, hoy te quedas á comer con nosotros. ¿Estamos de acuerdo?, dijo presentando su mano al joven como poniendo término á la conferencia.

Runekc vaciló un instante, pero al fin cogió aquella mano entre las suyas.

Dernburg había de momento triunfado: sin exigir promesas ni sacrificios que le habrían sido negados, otorgaba ciega confianza y plenos poderes á su favorito, á quien de este modo desarmaba.

III

Las grandes herrerías y fábricas de acero de Dernburg figuraban entre las más importantes de Europa y gozaban de fama universal. El padre del actual propietario había fundado una sencilla herrería en aquel valle de Odensberg poblado de bosques, entre aquellos montes llenos de tesoros minerales inagotables, y andando los años, aquel pequeño establecimiento se había ido agrandando hasta que Ege-



Señor doctor, dijo Maya sin dejar de reirse, ponga en libertad al reo

«Quiero hablar de la salud de Enrique, que tanto me preocupa. El cambio de clima ha alejado el peligro inminente, pero no ha curado á mi hijo, el cual necesitará siempre cuidados y atenciones y no podrá jamás fatigarse, trabajar, aparte de que..., no me hago ilusiones sobre ello, tan enfermo está moral como físicamente. Todas estas circunstancias le hacen poco á propósito para el puesto que un día habrá de ocupar, y yo quiero que, después de mi muerte, mi obra, mi creación, esté en manos capaces de continuarla. Enrique será mi sucesor nominal, pero mi sucesor efectivo ha de ser otro, y yo... había contado contigo, Egberto.

Runekc dió algunos pasos hacia atrás y su rostro expresó angustiosa sorpresa.

«¿Conmigo?, exclamó. Y habría yo de...»

«Habrás de empuñar las riendas de Odensberg el día en que falte mi dirección, dijo Dernburg terminando la frase. De todos aquellos á quienes he educado en mi escuela, uno solo posee las cualidades necesarias para reemplazarme, para continuar mi obra; y éste quiere ahora precisamente destruir

rardo Dernburg dió tal impulso á la obra de su padre, que parecía imposible que un solo hombre hubiera sido capaz de tanto. Por su solo esfuerzo reunió en sus manos todas las fraguas, fundiciones y minas de los alrededores, agrupó bajo su dirección á todos los operarios, y de aquella empresa colosal formó la vida industrial de toda una provincia.

Para tal empresa requeríanse una inteligencia y una energía no comunes, y Everardo Dernburg era el hombre á propósito para realizarla. El por sí solo llevaba los complicados hilos de sus negocios y dirigía la falange numerosa de ingenieros, técnicos y administradores; tenía fama de rígido y severo; pero igualmente era conocida su justicia, porque si tenía plena conciencia de su poder, poseía también alto concepto de sus deberes.

Los cuidados que dedicaba al bienestar de sus operarios no eran inferiores en magnificencia á la grandiosidad de sus empresas, y sólo podía prodigarlos un hombre que dispone de millones y que no economiza sus riquezas cuando se trata del bien de sus subordinados. Pero á cambio de esto, exigía Dernburg la más ciega obediencia, la más completa pasividad: sus dependientes eran máquinas que ejecutaban sus ideas y no les estaba permitido tener opiniones propias. En Odensberg no se conocían las agitaciones, las disidencias, las luchas tan frecuentes en otros centros industriales: las ideas nuevas, subversivas, penetraban, sí, en aquel centro, pero no conquistaban terreno, y si en casos aislados eran escuchadas, no tenían consecuencia alguna.

Aquel hombre, personificación de la fuerza, no tenía sino un hijo varón, sin energía, sin vigor, sin salud: desde su infancia, Enrique había estado delicado; pero su caída en el río, debida á su imprudencia, le había producido una enfermedad que si no le mató, quebrantó sus órganos más vitales, dejándole una tos á causa de la cual había tenido que huir de los rigores del clima de su país natal.

El salvador del joven Dernburg ocupaba en aquella casa una posición que era la envidia de todo Odensberg: Egberto Runeck, hijo de un obrero de la herrería, había pasado sus primeros años en las pobres condiciones de sus progenitores, entre sus modestísimas costumbres, aprovechándose con pasión de las excelentes escuelas establecidas por Dernburg para los hijos de sus empleados. El muchacho, dotado de una inteligencia superior y de una voluntad de hierro, había llamado ya la atención de su patrono, y cuando salvó la vida al hijo de éste, su porvenir quedó asegurado; desde aquel día, el hijo del pobre obrero fué admitido á compartir la instrucción que recibía el hijo del amo, siendo tratado como otro hijo y enviado finalmente á Berlín para completar su educación.

La casa que habitaba Dernburg estaba un tanto apartada de las fábricas; alzábase sobre una colina que dominaba el valle, y habría merecido el nombre de castillo si Dernburg no hubiese preferido que se la designara con el antiguo nombre de casa de los amos. Era un edificio elegante al par que imponente, con un vasto terrado, largas filas de ventanas y una gran galería con columnas encima de la puerta de entrada. El parque era inmenso y pintoresco, porque en él habían sido incluídas las vertientes de los montes poblados de bosque, que con sus árboles seculares formaban un fondo magnífico.

La familia Dernburg pasaba en Odensberg la mayor parte del año, á pesar de que poseía otras muchas propiedades y una casa en Berlín; pero el poderoso industrial visitaba muy de tarde en tarde sus otras haciendas y sólo iba á la capital cuando á ello le obligaban sus deberes parlamentarios. Odensberg era su residencia predilecta, no sólo por su extensión y por su importancia, sino también porque allí era donde más falta hacían su dirección superior, su privilegiada inteligencia. La vida de familia de Dernburg era perfecta, como todo lo que él hacía: había vivido feliz con su dulce esposa, por completo á él consagrada, y cuando ésta murió no quiso sustituirla ni en su corazón ni en su hogar, prefiriendo llamar á su lado á su única hermana, la viuda de Ringstedt, para que dirigiera la casa y cuidara de sus hijos.

Terminaba el mes de abril, pero bajo aquel cielo gris del Norte no se veía señal alguna de primavera: en los países meridionales, las flores cubrían la tierra desde hacía dos meses; pero allí, apenas si asomaba algún tímido botón en los árboles, y en vez del luminoso esplendor del mediodía, todo era opaco, obscuro.

En casa de Dernburg se esperaba la llegada de algunos huéspedes; los cuartos de los forasteros, situados en el segundo piso, estaban dispuestos, y el saloncito que separaba las habitaciones tenía un aspecto de fiesta, pues todos los jarros, copas, ánforas

y vasos rebosaban de flores, las más delicadas del invernadero, que con sus perfumes habían de dar la bienvenida á la hermosa Cecilia.

Dos mujeres había en el saloncito: la de más edad examinaba todos los rincones, mudando de sitio una silla, arreglando una cortina, disponiendo mejor las flores; la más joven, en cambio, se divertía en azuzar un perrito blanco, bailando y saltando con él.

— Maya, hágame el favor de no traer el perro á todas partes, dijo al fin la primera con acento de desaprobación. Hace un momento cogió con los dientes el tapete de aquella mesa, y si no llegó á estar allí, habría tirado al suelo aquel jarro de flores.

— Le había encerrado, pero se ha escapado y ha echado á correr detrás de mí, respondió la joven riendo. ¡Puck, basta! ¡Sé bueno! La señorita Friedberg te lo ordena severamente.

Y sin dejar de reírse, Maya comenzó á perseguir al perro, dándole con el pañuelo y divirtiéndose con los esfuerzos que hacía el animal para coger el pañuelo con los dientes.

La señorita Friedberg lanzó un hondo suspiro.

— Piense usted, Maya, que ya no es usted una niña. Se lo digo siempre al Sr. Dernburg que no hace usted ningún caso de mí y que está siempre discurrendo alguna travesura. ¿Cuándo empezará usted á ser formal?

— Esperó que aún tardaré mucho. ¡Hay demasiada seriedad aquí, en Odensberg! Papá, la tía, usted, señorita Leonia, y últimamente hasta Enrique, que se pone insoportable suspirando continuamente por su novia. ¡Uf! ¿Y quiere usted que también yo esté seria? ¡Ah, esto no lo consentiremos de ningún modo! ¿Verdad, Puck? Nosotros, al menos, queremos estar alegres.

Y cogiendo al perro por las patas comenzó á bailar con él, á pesar de los gruñidos de protesta que lanzaba el pobre animal.

Maya Dernburg, que se negaba á ser formal y razonable, era en realidad poco más que una niña; contaba diez y siete años, y era una de esas criaturas frescas y alegres que regocian el corazón como un rayo de sol, como el canto de un pájaro. Tenía un rostro sonrosado que respiraba salud y viveza, dos ojos oscuros, brillantes, que, al revés de los de Enrique, miraban con atrevida franqueza, y una cantidad enorme de rubios cabellos que llevaba siempre sueltos sobre los hombros y que cubrían su frente de ligeros ricitos. De modo que con la cabellera suelta, el semblante casi infantil y la figura delicada y aún no desarrollada del todo, más tenía la apariencia de niña que de mujer.

La señorita Leonia Friedberg, institutriz y compañera de Maya, era una joven de treinta años, alta, esbelta, de aspecto enfermizo, finas facciones y ojos y cabello de color oscuro.

— ¡Ah, Maya, Maya!, dijo suspirando.

Y luego, mirando en torno suyo, añadió:

— Aquí dentro hay demasiadas flores. ¿Por qué ha puesto tantas? ¿No siente qué olor tan fuerte? Casi marea.

— ¡Oh! Una novia va siempre cubierta de flores. Quiero que Cecilia encuentre bonita su futura casa, y como papá no ha querido preparar una gran recepción, hemos de contentarnos con festejarla de este modo.

— ¿Ya sabe usted que su papá no quiere que se sepa todavía oficialmente el noviazgo?

— Corriente; esto quiere decir que primero tendremos la fiesta de los esponsales y después la del matrimonio, exclamó Maya. ¡Si supiese usted cuánta curiosidad tengo por conocer á esa novia! Debe ser de una belleza sin igual. Enrique me habla siempre de ella. ¡Pobre Enrique! ¡Qué gracioso es! Sueña con su Cecilia hasta en pleno día, lo que tiene muy disgustado á papá, el cual ayer me dijo: «¿No es verdad que tú serás más formal cuando estés prometida?» ¡Ya lo creo que lo seré!

Y como para confirmar sus palabras, cogió en brazos á Puck y se puso á dar vueltas por la habitación.

— ¡Oh, sí, es probable!, exclamó la institutriz descorazonada. Pero ahora, Maya, procure ser más comedida cuando estén aquí esos forasteros. ¡Por Dios, no empiece usted á hacer locuras! Piense lo que dirían de su educación el barón de Wildenrod y la baronesa si la vieran saltar como una cabra cuando está usted á punto de cumplir diez y siete años.

Maya, que había dejado de bailar, soltó al perro y se plantó solemnemente delante de la señorita de Friedberg.

— ¡Ya verá, ya verá usted cómo sabré portarme de modo que todo el mundo esté satisfecho de mí! Ya sé cómo se hace esto; me lo enseñó miss Wilson, el aya inglesa de cara amarilla, nariz afilada y ciencia infinita. No se incomode usted, señorita, que

á usted no me refiero. Miss Wilson era, en verdad, muy fastidiosa, pero me enseñó la reverencia de corte: mire usted, así (y con un ademán preciosísimo, Maya se hundió en su falda de color de rosa). ¿Verdad que de este modo produciré un gran efecto á mi futura cuñada? Primeramente me mostraré muy ceremoniosa, pero luego le echaré los brazos al cuello y la besaré así, así...

Y se puso á acariciar arrebatadamente á la pobre señorita, que no esperaba aquella acometida.

— ¡Pero Maya! ¡Que me va usted á ahogar!, gritó furiosa desprendiéndose de la joven no sin trabajo. ¡Oh, Dios mío! ¡Las doce! Déjeme que vaya á dar un vistazo al dormitorio.

La señorita Friedberg salió, y Maya descendió corriendo la escalera, seguida del fiel Puck.

Las habitaciones de la familia Dernburg estaban en el piso bajo y el gran salón de ingreso había sido magníficamente adornado, en honor de los huéspedes, con hermosas plantas de laurel y naranjo que lo habían convertido casi en un invernadero. En medio de aquellos esplendores del reino vegetal estaba un joven que sin duda esperaba á alguien y que al ver á la señorita de la casa se inclinó profundamente con ademán respetuoso. Maya le saludó ligeramente con la cabeza.

— Buenos días, Sr. Hagenbach, ¿está aquí todavía el doctor?

— A sus órdenes, señorita, respondió el interrogado haciendo otra reverencia no menos profunda que la primera. Mi tío está en el despacho del señor Dernburg dándole el parte semanal de los enfermos, y yo... aquí le espero..., con permiso de usted.

— Usted lo tiene, repuso Maya, mientras Puck comenzaba á manifestar en su lenguaje la antipatía que le inspiraban los pantalones de cuadros del señor Hagenbach.

Este era muy joven, con cabellos de un rubio claro y ojos celestes, y aire tímido y embarazado. Delante de Maya mostrábase confuso y torpe, tenía el rostro encarnado y hablaba balbuceando; y sin embargo, trataba de aparecer desenvuelto, de presentarse como un hombre acostumbrado á la sociedad. Por fin, después de varios esfuerzos inútiles, logró expresar felizmente su pensamiento.

— ¿Puedo... puedo permitirme preguntarle por su salud?

— Gracias, mi salud es excelente, contestó Maya conteniendo la risa.

— Me alegro de todo corazón, dijo el joven.

Después quiso decir algo ingenioso; pero todo lo que se le ocurrió fué añadir:

— No puedo expresarle cuánto me alegro, y... ¿está asimismo bien la señora de Ringstedt?

Maya logró responder sin soltar la carcajada, y el muchacho, continuando su caza de frases felices, prosiguió preguntando, tras una breve pausa:

— ¿Y su hermano de usted, el Sr. Dernburg?..

— Ha ido á la estación, contestó Maya sin poder ya contenerse; pero si quiere pedirme noticias de su salud y de la de mi padre, pídamelas sin reparo y le diré que toda la familia le agradece el placer que usted experimenta sabiendo que todos estamos buenos.

El Sr. Hagenbach, cada vez más confuso, se inclinó para acariciar á Puck, que continuaba observando con ojo crítico los famosos pantalones de cuadros.

— ¡Qué animalito tan gracioso!, exclamó.

El «animalito gracioso» no se conmovió con aquellas caricias, sino que, por el contrario, abalanzóse ladrando á las piernas del joven. Este se echó hacia atrás, pero no pudo impedir que el perro clavara los dientes en sus calzones; entonces retiró con fuerza la pierna para librarse de Puck y esconderse detrás de un jarrón gigantesco, mientras el animal seguía acósandole, y Maya, en vez de llamar al perro, lanzaba sonoras carcajadas.

Afortunadamente el muchacho recibió socorro cuando menos lo esperaba: abrióse, en efecto, la puerta del despacho de Dernburg dando paso á un caballero de mediana edad que sin encomendarse á Dios cogió al perro por el pescuezo y lo levantó en alto diciendo con acento irritado:

— ¿Qué es esto, Dagoberto?

Este, viéndose libre, fué á colocarse debajo de un laurel y respiró.

— Doctor, dijo Maya sin dejar de reírse, ponga en libertad al reo. Está usted tranquilo, que la vida de su sobrino no corría peligro alguno. En este primer año de su vida, Puck no ha devorado todavía á nadie.

— ¡Pero han peligrado esos pantalones, unos pantalones tan elegantes!, repuso el doctor soltando al perro y riendo de buena gana. Señorita Maya, buenos días. Creo inútil informarme de su salud...

— Tanto más cuanto que hoy me han pedido ya

bastantes noticias sobre el particular, respondió la joven mirando burlescamente á Dagoberto. Y ahora, señores, queden ustedes con Dios y hasta la vista, que mi padre me espera.

Y saludando alegremente, entró en el despacho del señor Dernburg.

El doctor Hagenbach, médico de Odensberg y de la familia Dernburg, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello gris, alto y un tanto grueso; un verdadero contraste con la figura de su sobrino.

— ¡Te has portado como un héroe!, dijo á éste en tono de burla. ¡Los ladridos de un perrito te han puesto en fuga!

— Es que no quería hacer daño al animal, respondió Dagoberto mirando con cierta ansiedad sus pantalones, que afortunadamente no habían sufrido daño alguno.

— Arréglate un poco, repuso el tío encogiéndose de hombros, mientras voy á hablar con la señorita Friedland; y no te entretengas, que están para llegar los parientes de Niza, y todos los de la casa han de salir á recibirlos.

El doctor encontró á la institutriz en el descanso de la escalera, y aunque la joven veía casi diariamente á aquel amigo íntimo de la familia, acogióle con frialdad. El médico aparentó no percatarse de ello, y después de preguntarle por su salud le dijo:

— Señorita, vengo á pedirle un favor. Comprendo que la ocasión no es oportuna porque tendrá usted mucho que hacer para recibir á los forasteros; pero mi súplica es breve, y por esto le ruego que me permita dirigírsela desde luego.

— ¿Una súplica á mí?, preguntó Leonia sorprendida.

— ¿Le extraña, porque generalmente ordeno y prescribo? ¡Qué quiere usted! Un médico ha de saber mantener su autoridad hasta con los supuestos enfermos nerviosos..., y acentuó esta última palabra.

— ¡Oh! Su autoridad es indiscutida, respondió la institutriz vivamente. Sabe usted hacerse obedecer con sus bellas maneras.

— A veces es preciso prescindir de contemplaciones, porque con ciertos enfermos el tratarlos con cariño es perder el tiempo, respondió Hagenbach sin turbarse por la ironía de las palabras de Leonia. Pero vengamos á la súplica. ¿Ha visto usted á mi sobrino, que está en Odensberg desde hace veinte días?

— ¿El hijo de su hermano? Sí le he visto. ¿Es huérfano de padre y madre?

— Por desgracia, y yo soy su tutor y debo asegurarle una pensión, porque sus padres no le dejaron un céntimo. Tal vez pensaron que yo, como soltero, necesitaba un heredero.

La joven hizo ademán de escandalizarse; el doctor lo advirtió, pero siguió adelante.

— Dagoberto ha terminado sus estudios de colegio y se ha examinado en el Instituto; eso sí, á fuerza de trabajos, porque no tiene ciertamente un gran cerebro; ahora está cansado y aun se imagina estar nervioso, pero de esto ya le curaré yo con mi sistema.

— Es de esperar que el muchacho resistirá este régimen, dijo bruscamente la institutriz, aunque los medios que usted emplea son violentos.

— Cuando es necesario, no hay más remedio. Pero esté usted tranquila, que no lo mataré: le haré descansar durante todo el verano antes de enviarlo á la escuela superior. Pero mientras, no tiene nada que hacer, y los muchachos cuando están ociosos no hacen más que cometer tonterías; por esto he pensado que se ejercite en algunos idiomas, y no el latín ni el griego, que ya ha estudiado bastante, sino algo de inglés y de francés, que conoce muy poco, y á este objeto vengo á preguntarle á usted si tendrá la bondad de ayudarle, puesto que usted conoce perfectamente ambas lenguas.

— Si el señor Dernburg no tiene inconveniente en ello...

— Con él acabo de hablar y sólo de usted depende. Sé que no me profesa usted muchas simpatías...

— ¡Por favor!, repuso Leonia con alguna frialdad. Celebro infinito, por el contrario, que me ofrezca usted una ocasión para demostrarle mi gratitud por sus cuidados...

— Cuando le dan los ataques de nervios, corrientemente, Dagoberto, hijo mío, ¿dónde estás? Sube en seguida, gritó el doctor asomándose á la escalera.

— Pero ¿por qué le trata como á un niño?, preguntó la señorita Friedberg, extrañada de aquellos procedimientos.

— ¿Acaso he de gastar cumplidos con él? ¡Es un tipo delicioso! Quiere echárselas de hombre; mas apenas se encuentra delante de un extraño, balbucea, se pone encarnado... ¡Hola, aquí está! Dagoberto, la señorita tendrá la bondad de darte lecciones; dale las gracias.

— Señorita, estoy agradecidísimo..., me considero muy dichoso..., extraordinariamente dichoso..., hasta el punto...

Y de aquí no pudo pasar. Afortunadamente Leonia acudió en su ayuda.

— No será una maestra severa, díjole sonriendo, ya verá qué bien nos entenderemos, señor Hagenbach.

— Llámeme usted Dagoberto, ya que tiene este maldito nombre, exclamó el doctor interrumpiéndola sin miramiento alguno.

— ¿No le gusta este nombre? Pues yo lo encuentro muy bonito.

— Yo no, repuso el doctor sin preocuparse del aire ofendido de su sobrino. Debiera haberse llamado Pedro, como yo, que fui su padrino; pero á mi cuñada no le pareció bastante poético, y por esto tenemos en la familia un Dagoberto Hagenbach.

— Opino que su cuñada tenía razón, dijo Leonia con una sonrisa casi imperceptible. El nombre de Pedro no es muy poético.

— ¿Y qué importa la poesía?, replicó el doctor dispuesto ya á discutir. Pedro es un nombre honrado, célebre, bíblico, creo que el apóstol San Pedro es un personaje bastante grande.

— Pero entre usted y el apóstol no hay más semejanza que la combatividad, observó Leonia.

Y cambiando el curso de la conversación añadió:

— Conque señor Dagoberto, venga mañana y fijaremos la hora y el plan de nuestros estudios.

El pobre muchacho, conmovido por tanta cordialidad, volvió á expresar su dicha, y Dios sabe hasta cuándo habrían durado sus manifestaciones de gratitud si su tío no le hubiese interrumpido.

— Ven, Dagoberto, ya hemos molestado bastante á la señorita. Vámonos, porque si nos detuviéramos seríamos espectadores no invitados de la recepción de familia.

Cuando estuvieron en la escalera, el sobrino se volvió hacia su tío diciéndole:

— Es muy simpática y muy bonita la señorita Friedberg.

— ¡Pero es tan nerviosa, tan exagerada!, murmuró el doctor. ¡No le gusta el nombre de Pedro! ¡Siempre con sus tonterías! Si tus pobres padres te hubiesen llamado Pedro, habrías desde luego dado idea de otro individuo, al paso que así pareces una muchacha clorótica, llamada por equivocación Dagoberto, terminó diciendo en tono despreciativo.

Al salir á la terraza, tío y sobrino se encontraron con Egberto Runeck. El doctor quiso pasar de largo, limitándose á dirigir un saludo frío al joven ingeniero, pero éste le detuvo.

— Vengo de su casa, doctor; uno de mis trabajadores ha sufrido algún daño á consecuencia de un accidente; y aunque la cosa no es, en mi concepto, de mucha gravedad, necesita asistencia. Lo he hecho conducir á Odensberg, al hospital, y se le recomienda á usted.

— Voy á verle en seguida, respondió Hagenbach. Y usted ¿va á visitar al Sr. Dernburg? Tenga en cuenta que esperan de un momento á otro á los parientes de Niza, y por esta razón no sé si...

— Ya lo sé. He venido expresamente de Radefeld. Hasta la vista, doctor.

Y dirigiéndole un saludo se alejó, mientras Hagenbach, siguiéndole con la mirada exclamaba:

— ¡Esto es demasiado!

— ¿Has visto, tío? Llevaba traje de etiqueta debajo del sobretodo, observó Dagoberto. Se conoce que está invitado.

— Así parece, refunfuñó el doctor. ¡Invitado á esa fiesta exclusivamente de familia! ¡Qué cosas se ven en Odensberg!

— Todo Odensberg habla de lo mismo, dijo Dagoberto mirando con prudencia en torno suyo; y todo el mundo censura y compadece unánimemente esa debilidad del Sr. Dernburg.

— Y tú ¿qué sabes de esto, mentecato?, exclamó el doctor. En Odensberg no se censura ni se compadece al amo, sino que se le obedece. El señor Dernburg sabe lo que hace, y hará lo que más convenga cuando su favorito le fastidie. El joven, por su parte, tiene también una voluntad de hierro, y si esas dos cabezas chocan entre sí, saltarán chispas. Pero basta ya; vete á casa mientras yo voy á ver al minero de Radefeld.

Y dicho esto, se dirigió al hospital, dejando al sobrino muy satisfecho de verse libre del tiránico tío.

IV

Apenas entró en la casa, encontráse Runeck con la señorita Friedberg, la cual, en vez de corresponder á su saludo, se quedó como petrificada mirándole. El ingeniero sonrióse irónicamente y con mucha amabilidad le preguntó si el Sr. Dernburg esta-

ba en su despacho; pero la institutriz no tuvo necesidad de contestar, porque en aquel momento se abrió la puerta y se presentó Dernburg, acompañado de su hija, que corrió al encuentro del joven con grandes demostraciones de regocijo.

— ¡Al fin estás aquí!, exclamó Maya. Creíamos que no llegarías á tiempo para recibir á los forasteros. Dentro de un momento llegará el coche.

— Me ha entretenido un incidente que me ha obligado á andar despacio, respondió Egberto: he venido acompañando á un herido; de lo contrario, habría llegado antes.

Y volviéndose á Dernburg, le enteró minuciosamente de lo ocurrido, mientras Leonia, que había visto con horror la acogida dispensada por Maya al ingeniero, murmuraba al oído de la muchacha:

— Pero, Maya, ¡qué inconveniencia! Ya no es usted una niña. ¿Cuántas veces he de rogarle que se acuerde de su edad y de su posición? ¿Tendré que apelar á la intervención de su señor padre?

Maya no le hacía caso: esperaba impaciente que Egberto acabase de hablar con su padre y que éste se hubiese tranquilizado al enterarse de la poca gravedad del accidente. Terminado su relato, Runeck se dirigió á Maya diciéndole:

— ¿Ha oído usted, señorita? El retraso no fué culpa mía, por esto no ha de reñirme.

— Te reñiré si te obstinas en llamarme «señorita» y en tratarme de usted, exclamó Maya fingiéndose encolerizada. Ya me hartaste de señorita y de usted la última vez que estuviste aquí, y ahora te declaro que no quiero, no quiero absolutamente que la cosa se repita. ¿Lo oyes, Egberto?

Y estas últimas palabras las dijo golpeando el suelo con el pie.

La señorita Leonia volvióse hacia el Sr. Dernburg... Era el momento oportuno de que éste interviniera con toda su poderosa autoridad..., ¡pero no! ¿Era posible?... El Sr. Dernburg se sonreía y decía á Egberto contemplándole bondadosamente:

— Me parece que ya que Maya lo quiere, podrás darle gusto; además, eres de la familia.

La institutriz no daba crédito á lo que oía; aquel permiso era tan monstruoso que no pudo contenerse.

— ¡Pero Sr. Dernburg!, exclamó. Le parece...

— ¿Qué hay, señorita?

Aquella sencilla pregunta fué tan fría, que á la señorita Leonia no le quedaron ganas de proseguir y creyó prudente cambiar de tema.

— Decía que..., si le parece, podríamos hacer que un criado desde el terrado nos avisara cuando se acercase el carruaje.

— Me parece muy bien; dispóngalo así. Nosotros, en tanto, nos vamos al salón.

Maya, antes de seguir á su padre, volvióse riendo á Egberto para decirle:

— ¿Ha oído, ilustrísimo señor ingeniero? Hasta los altos poderes imponen el *tu*. ¿Obedecerás ahora?

— Como quieras, respondió Runeck haciendo una cortesía burlesca, vencido por la gracia irresistible de aquella voz y de aquella mirada pícarasca.

Maya batió palmas como una niña por la victoria conseguida sobre su testarudo amigo de infancia, y Dernburg se sonrió mirando con profundo cariño á la criatura vivaracha que estaba á su lado. Aquel hombre, severo y rígido para todos, se transformaba al tratarse de su hija predilecta.

La paciencia de los que esperaban no fué puesta á prueba mucho tiempo, pues al poco rato el carruaje estaba á la vista. Los criados abrieron el portal, y Dernburg se colocó en el umbral de la puerta, teniendo á un lado á su hermana, personificación de la dignidad y de la rigidez, y al otro á Maya, que no conseguía refrenar la inquietud que le producían la curiosidad y la impaciencia. Egberto y Leonia se habían quedado en el salón.

El coche se aproximaba rápidamente: era un hermoso landó tirado por magníficos caballos. Detúvose delante del terrado, el criado abrió la portezuela y Enrique se bajó para ayudar á su prometida. Detrás de ellos surgió la imponente figura del barón.

Dernburg permanecía inmóvil: en aquel momento en que iba á recibir en su casa á los orgullosos representantes de una antigua nobleza, sentía toda la altivez del hombre que ha conquistado una posición eminente por el solo esfuerzo de su trabajo, de su inteligencia. Permanecía inmóvil y con el aire altivo y severo de quien concede un honor; y en efecto, un honor creía conceder, no recibirlo, admitiéndolo en su familia á la baronesa de Wildenrod.

Enrique, conmovido y llevando del brazo á su novia, acercóse á su padre.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII Á ASTURIAS

Cediendo á un natural deseo, ha querido D. Alfonso XIII que uno de sus primeros actos, después de llegado á su mayor edad, sea un viaje por las provincias de su reino, y ha comenzado la serie de excursiones que, según parece, se propone realizar,

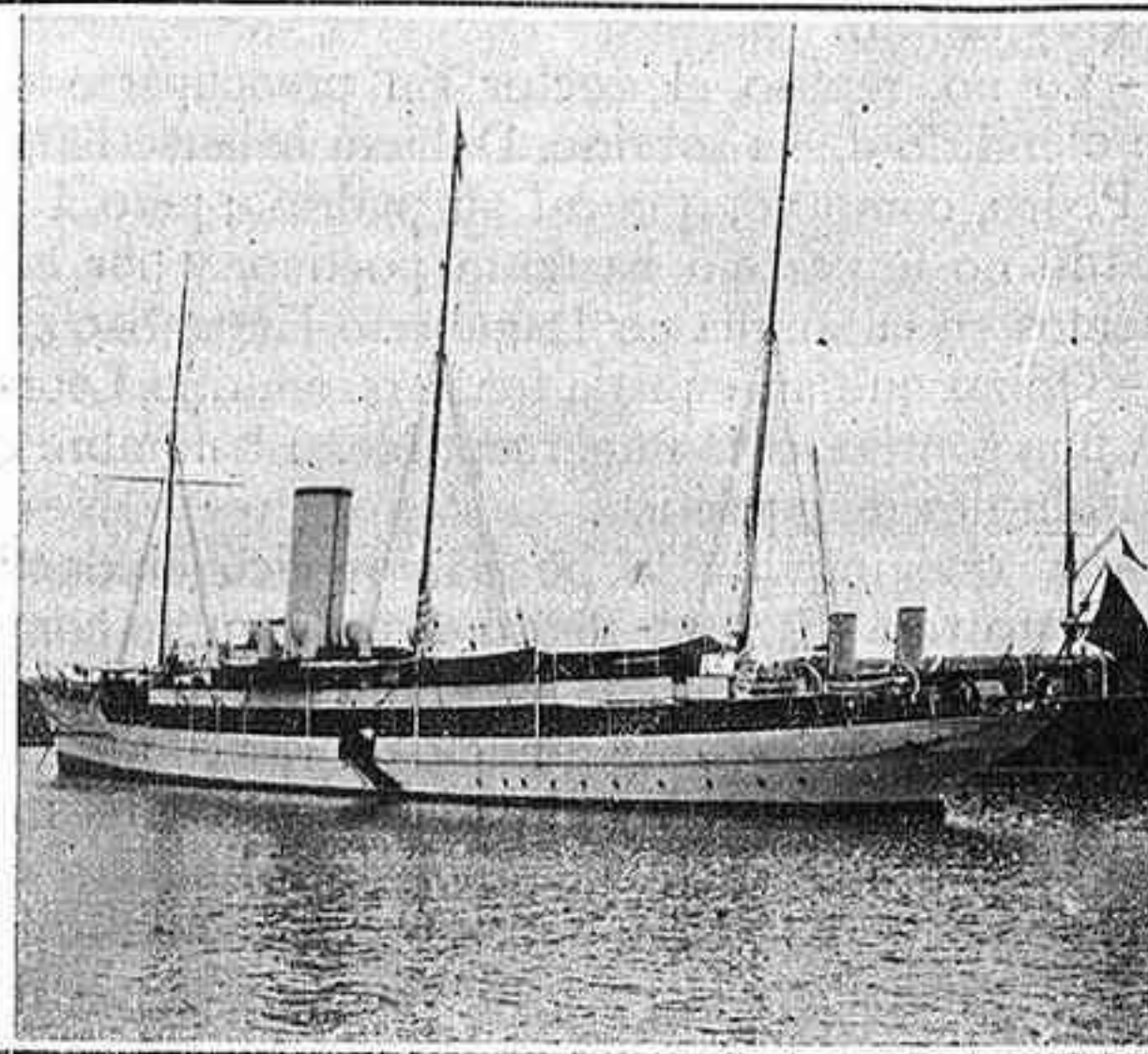
visitó varias fábricas, entre ellas la Algodonera y la de aceros de Morera.

En la mañana del 2 salió de Gijón y por ferrocarril marchó á Infiesto, y desde allí en coche, por Cangas de Onís y Rienda, á Covadonga, adonde

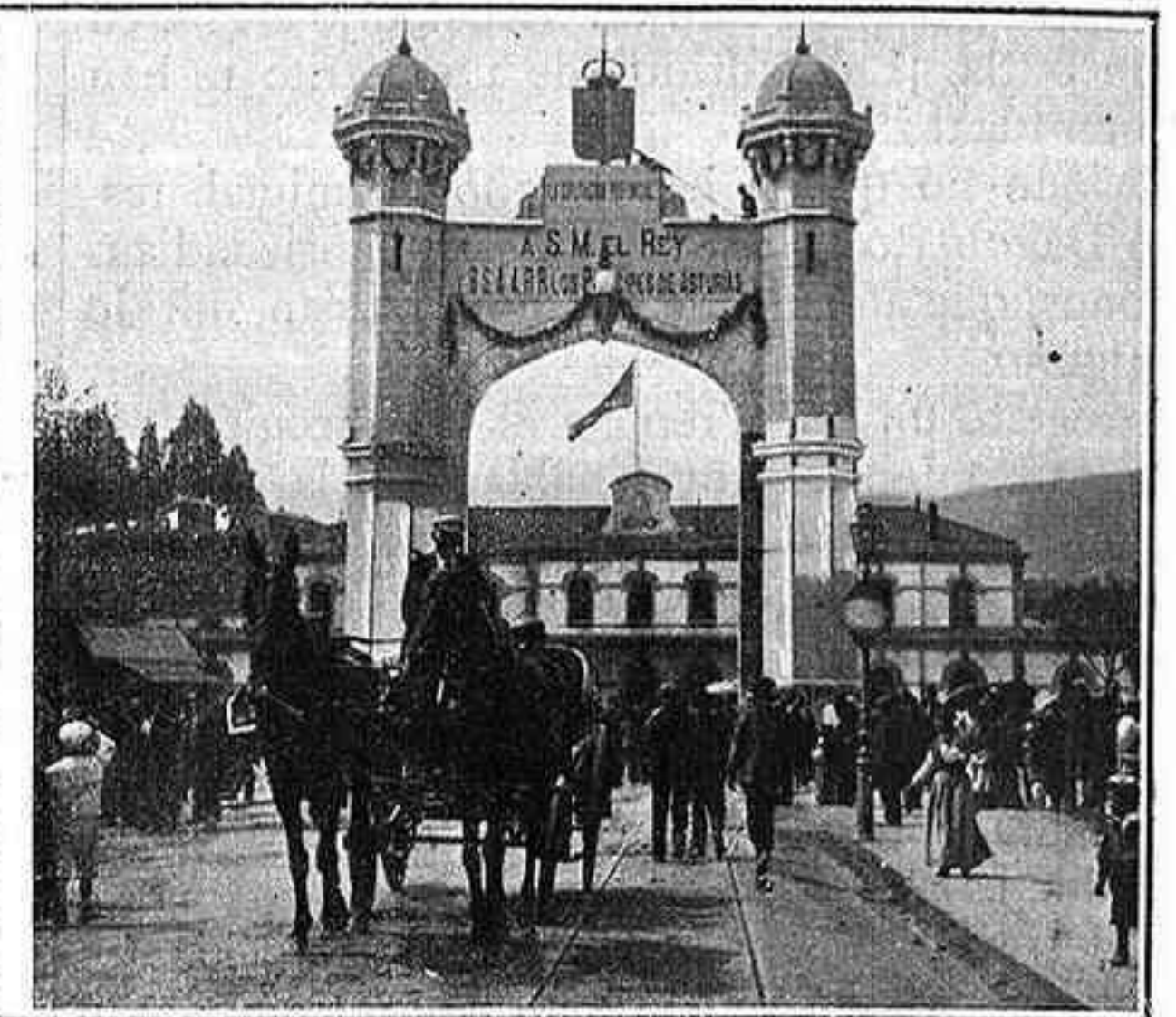
El día 5 inspeccionó los cuarteles, subió al monte Naranco en el ferrocarril minero, y por la tarde marchó á Avilés á despedir á la princesa de Asturias que retornaba á San Sebastián, regresando por la noche á Oviedo.



Arco levantado en la estación de Infiesto



El «Giralda» en la dársena de Avilés



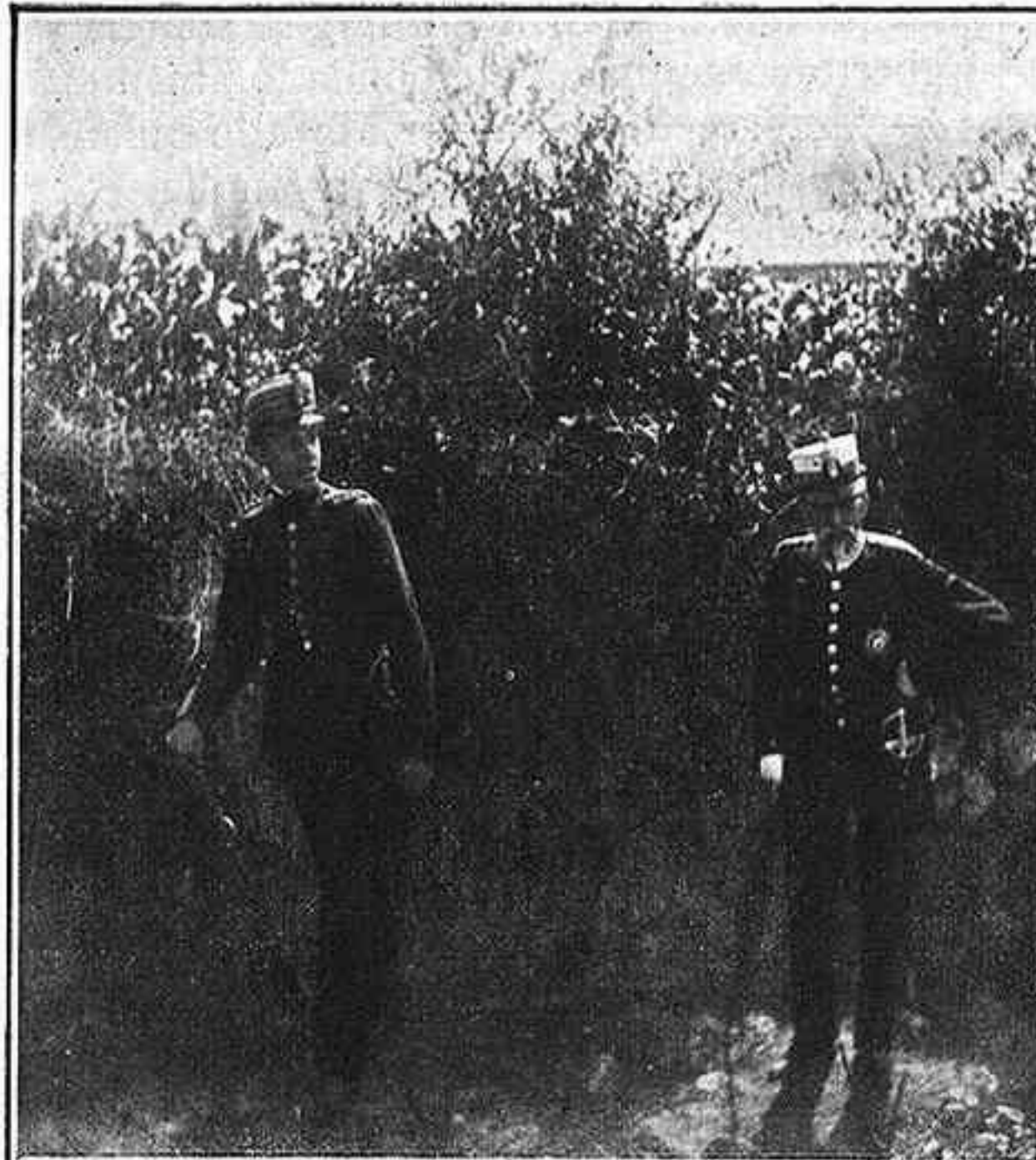
Arco levantado por la Diputación Provincial, Oviedo

por el principado de Asturias, que tan principalísimo papel ha representado en la historia de España.

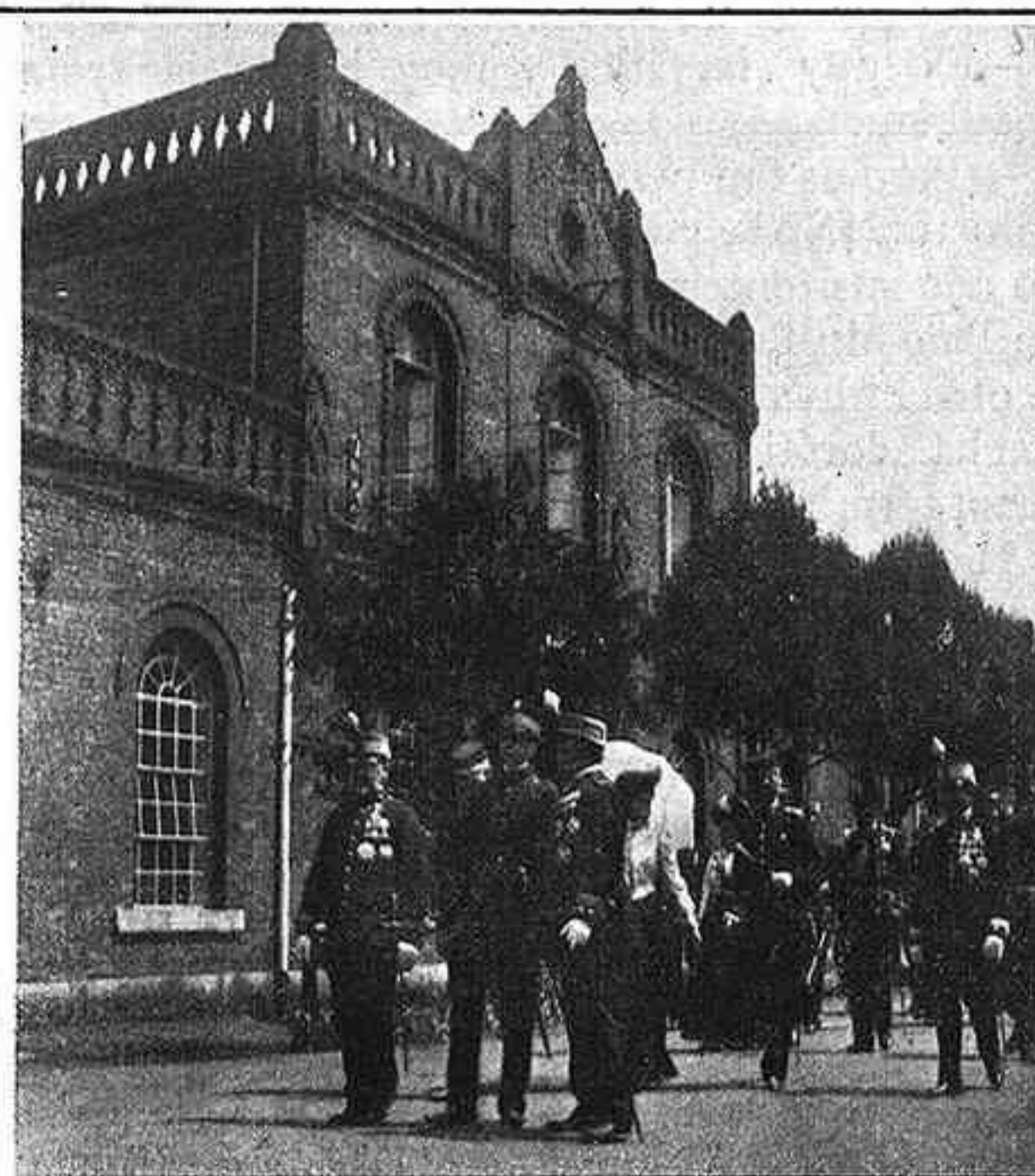
El espacio de que disponemos no nos permite extendernos sobre este asunto, así es que nos limitaremos á hacer una ligera enumeración de los sitios que hasta ahora ha visitado.

llegó á las cinco de la tarde. El día 3 por la mañana visitó la cueva y santuario de Covadonga, y por la tarde entró en Oviedo, dirigiéndose en seguida á la catedral y luego al Ayuntamiento, en donde se celebró la recepción, que fué muy brillante. Por la noche se verificó un banquete oficial.

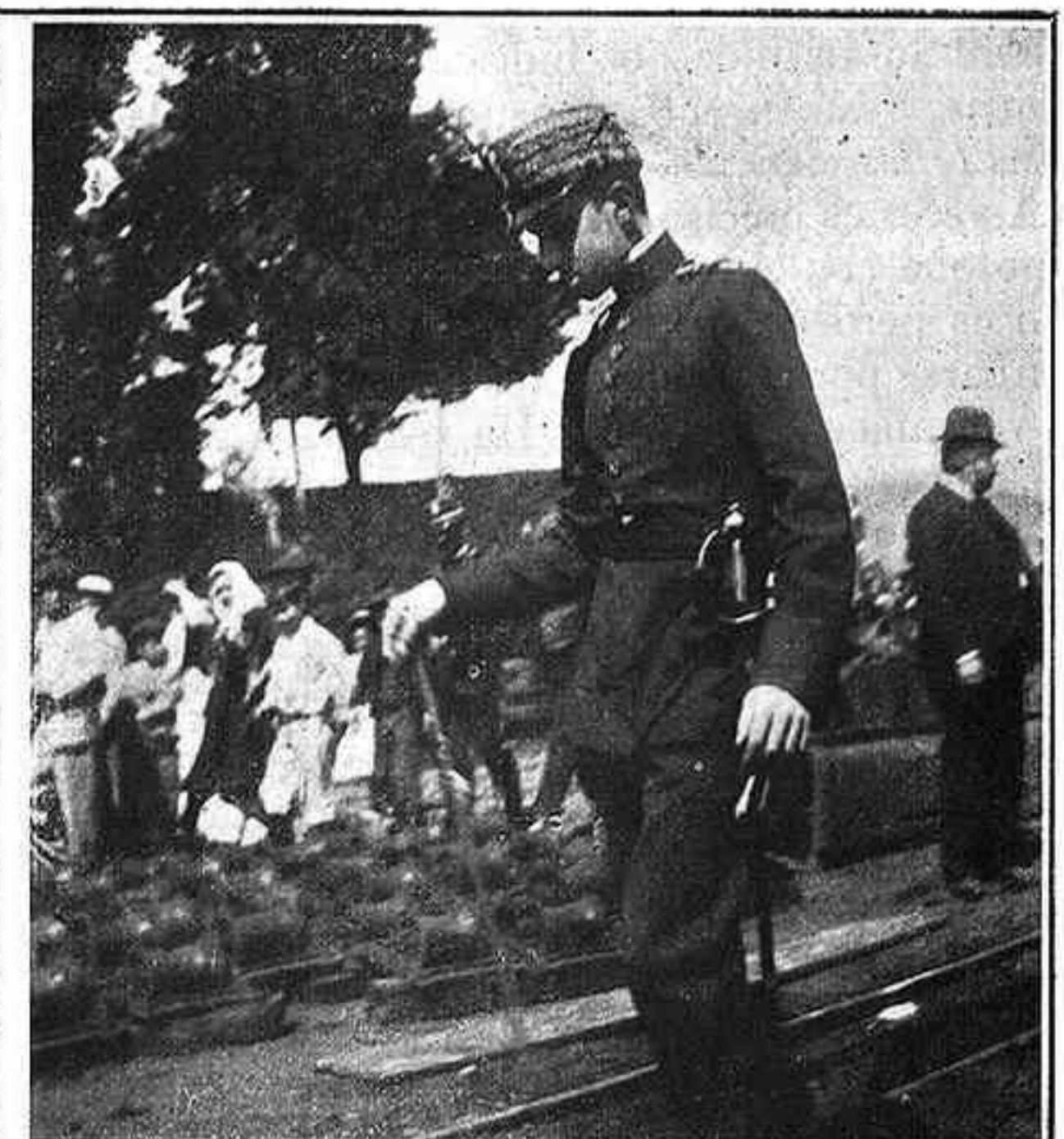
El día 6 visitó por la mañana la Universidad y el Instituto, y por la tarde la importantísima fábrica La Felguera, que ofrecía un espectáculo precioso. Después de haber recorrido los altos hornos, los talleres, la escuela y la iglesia, subió S. M. á un tren del ferrocarril minero, en el que recorrió varios po-



Su Majestad en el monte Naranco



Visita de Su Majestad á la fábrica de armas, Oviedo



Su Majestad subiendo al monte Naranco

Salió de San Sebastián el día 31 de julio último á bordo del *Giralda*, al que daban escolta el crucero *Río de la Plata* y el torpedero *Temerario*, llegando en la mañana del 1.º de agosto á Gijón, en donde asistió á un *Tedéum*, que se cantó en la catedral, concurrió á un banquete del Ayuntamiento, y

El día 4 visitó la fábrica de armas, examinando con minuciosidad las máquinas y enterándose de muchos detalles curiosos relativos á aquel establecimiento; la visita, suspendida al mediodía, se reanudó por la tarde. El director y el personal de la fábrica fueron calurosamente felicitados por el monarca.

blados hasta Sotodrio, estando de regreso en Oviedo á las siete de la tarde.

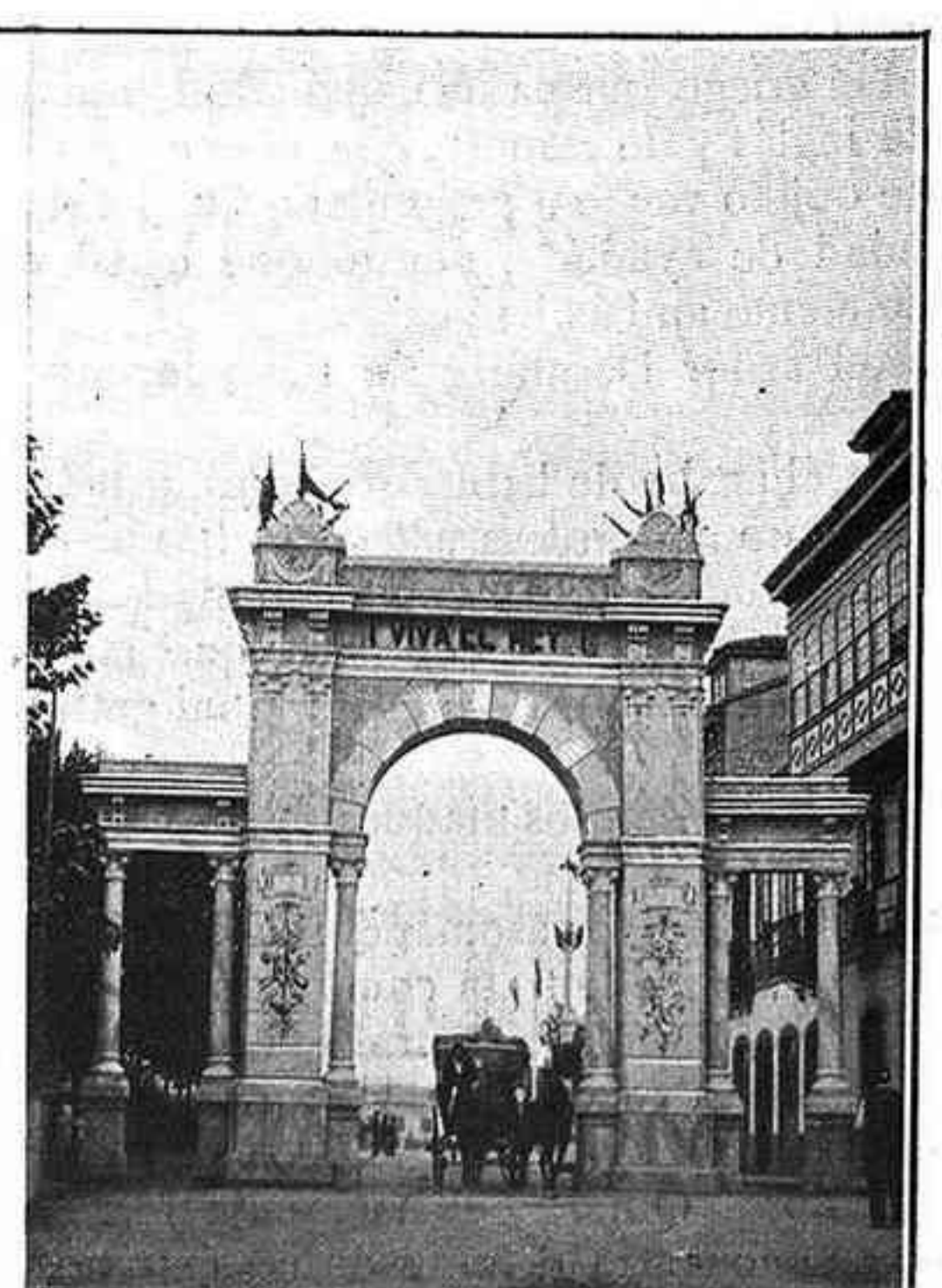
A las nueve de la mañana del día 7 salió de Oviedo y llegó á las dos de la tarde á León, dirigiéndose á la catedral y de allí, después de oír el *Tedéum*, á la Diputación Provincial, en donde tenía su aloja-



Bendición del obispo en la catedral, Oviedo



Entrada de la comitiva regia en la calle de Campomanes



Arco de triunfo levantado en Avilés

miento. Por la tarde hizo una nueva y detenida visita á la basílica, examinando las preciosidades artísticas que sus capillas contienen, y se dirigió luego al cuartel y depósito de sementales de San Marcos y de allí al Museo Provincial y á la antigua iglesia. Por la noche se verificó una bonita retreta.

El día 8 visitó el templo de San Isidoro, en donde pudo ver el cuerpo de este santo, que se guarda en el altar mayor, las reliquias de Santa Sabina, un *Lignum Crucis* de oro y el cuerpo de doña Sancha. En la Biblioteca admiró una Biblia del siglo XI y varios incunables. Después del almuerzo, visitó la Papelería Leonesa, deteniéndose á examinar todos los trabajos para la elaboración del papel. Por la noche celebró un banquete oficial, terminado el cual emprendió el viaje de regreso á Oviedo.

El día 9 se verificó la excursión á la fábrica de cañones de Trubia, cuyos talleres recorrió, presenciando las diversas operaciones que en ellos se verifican. Dirigióse luego al Parque de Artillería, en donde examinó una magnífica batería de trece cañones de tiro rápido, de 15 centímetros, sistema Argüelles-Munáiz, y después de comer volvió á la fábrica y encaminóse luego al probadero de cañones, en donde disparó varias piezas. Aquella misma tarde regresó á Oviedo, asistiendo por la noche á la función de gala dispuesta en el teatro Campoamor, en donde actúa la compañía Guerrero-Mendoza.

El día 10 hubo por la mañana recepción oficial en palacio y por la tarde verificóse en la plaza de toros el *carroussel*, que resultó de un efecto grandísimo, llamando principalmente la atención la figura con que terminó el espectáculo y que consistió en for-

mar varios jinetes sobre la arena las cifras de Alfonso XIII.

El 11 hizo por la mañana una nueva visita á la fábrica de Trubia, en donde inspeccionó especial-

recepción oficial en el Ayuntamiento y banquete, terminado el cual visitó la azucarera de Villa Alegre, desde donde se dirigió al puerto de Avilés, embarcándose en el *Urania*.

El día 13 desembarcó en Santander, dirigiéndose á la catedral y de allí al Gobierno Civil, en donde se celebró una recepción, terminada la cual visitó algunos buques de la Compañía Transatlántica. Por la noche se quemó un castillo de fuegos artificiales y se simuló la erupción de un volcán, produciendo uno y otra un efecto sorprendente.

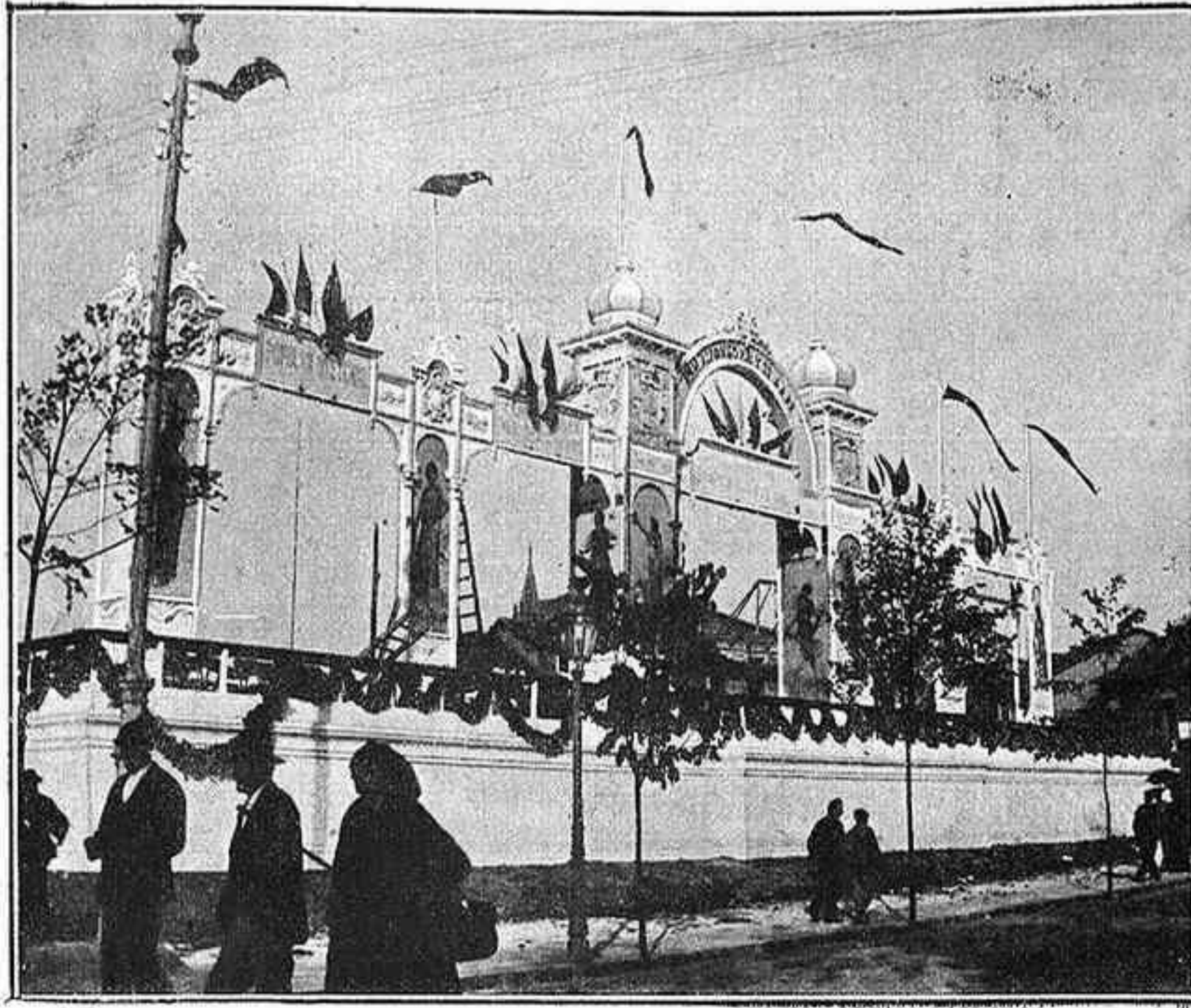
El día 14 salió de Santander con rumbo á San Sebastián, adonde llegó por la tarde, terminando aquí la primera parte del viaje regio.

Después de descansar algunos días en la capital donostiarra, se propone el rey visitar Pamplona, Victoria y Burgos, algunas poblaciones gallegas y por último Bilbao. También se dice que en breve emprenderá una excursión por las provincias de Mediodía y Levante.

El rey ha sido en todas partes recibido con grande entusiasmo, aun por aquellos elementos de quienes se temía que se mostraran poco afectuosos con el monarca. Las poblaciones todas se han engalanado suntuosamente y han aclamado al joven soberano, arrojando flores y palomas á su paso, erigiendo en su honor arcos de triunfo y dándole las más inequívocas pruebas de simpatía.

Ha acompañado durante todo el viaje á S. M. D. Alfonso XIII, S. A. R. el príncipe de Asturias.

Las fotografías que en esta y en la anterior página publicamos, nos han sido remitidas por nuestro celoso y activo corresponsal en Oviedo D. Juan Martínez. - X



OVIEDO. - Tribuna de las Industrias, levantada en honor de Su Majestad y Altezas Reales

mente los talleres en que se hacen preparaciones de máquinas, la escuela de aprendices, los talleres de fragua y construcción de proyectiles y la enfermería, y presencié el zunchado de un cañón y el disparo de otro cargado con 55 kilogramos de nitrocelulosa pura y un proyectil de 170 kilogramos. Por la tarde visitó la fábrica de Mieres.

El 12 marchó á Avilés, en donde hubo *Tedum*,

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

EDICION
ILUSTRADA
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
MONTANER Y SIMÓN
EDITORES

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS
MOUSSETTE
Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.
CLIN y COMAR - PARÍS
En todas las Farmacias.
650

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, París y en todas Farmacias del Extranjero.

AGUA LÉCHELLE
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DÉPOSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DÉPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



REPATRIACIÓN DE PRISIONEROS BOERS. — EL GOBERNADOR DE SANTA ELENA DESPIDIÉNDOSE DE LOS PRISIONEROS EN LA PLAZA DE JAMESTOWN
(De fotografía)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE **BIN BARRAL**
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA **DELABARRE** DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PREGOCES
EFLORESCENCIAS
HOJECES.
Tiene y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. St-Denis, 16

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
DRES **JORET-HONOLLE**
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNÉ-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los SEÑORES PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVOLE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTAÑER Y SIMÓN